

LA ETIMOLOGÍA COMO FORMA DE PENSAMIENTO. IDEAS LINGÜÍSTICAS E HISTORIA DE LA CULTURA¹

FRANCISCO GARCÍA JURADO
Universidad Complutense

0. *Introducción. La relación entre las palabras y las cosas*

Jorge Luis Borges, fiel, como siempre, a su ironía, viene a juzgar la etimología como una disciplina interesante, aunque inútil para la aclaración de conceptos:

Escasas disciplinas habrá de mayor interés que la etimología; ello se debe a las imprevisibles transformaciones del sentido primitivo de las palabras, a lo largo del tiempo. Dadas tales transformaciones del sentido primitivo de las palabras, que pueden lindar con lo paradójico, de nada o de muy poco nos servirá para la aclaración de un concepto el origen de una palabra. Saber que cálculo, en latín, quiere decir piedrita y que los pitagóricos las usaron antes de la invención de los números, no nos permite dominar los arcanos del álgebra; saber que hipócrita era actor, y persona, máscara, no es un instrumento valioso para el estudio de la ética. Parejamente, para fijar lo

¹ El presente artículo nace de una conferencia presentada al curso «Raíces lingüísticas y cultura grecolatina» (Santander, 13 a 17 de septiembre de 1999) y es, asimismo, resumen de la asignatura «La etimología latina: de Varrón a Borges», que con carácter interfacultativo hemos impartido en la Universidad Complutense entre los años 1996 y 2000. A mis alumnos de etimología, algunos de ellos ya buenos amigos, dedico este trabajo. Asimismo, por muchas razones este estudio está ligado a dos colegas y amigos: Isabel Velázquez, de la que tanto he aprendido sobre Isidoro de Sevilla, y Luis Miguel Pino Campos, implacable investigador del pensamiento clásico en la obra de Ortega. Por lo demás, los resultados aquí expuestos se adscriben al Proyecto de Investigación PB-98-0794, financiado por la Dirección General de Enseñanza Superior (DGES).

que hoy entendemos por clásico, es inútil que este adjetivo descienda del latín *classis*, flota, que luego tomaría el sentido de orden².

Al margen de la verdadera intención que tuviera Borges al escribir este texto, no deja de ser interesante la sutil paradoja de que la etimología sea una disciplina tan interesante como inútil para el mejor conocimiento del significado y que, como luego veremos, coincida con la más pura corriente escéptica sobre el origen de las palabras, representada por el *Crátilo* platónico y por San Agustín. Independientemente de su utilidad, el interés y la curiosidad que la etimología despierta parecen incuestionables, pues es, probablemente, lo imprevisible que resultan los cambios de sentido lo que nos hace atender al origen de las palabras. No en vano, la etimología es la primera manifestación de reflexión lingüística, tan antigua como el propio lenguaje, y su interés nace de una cuestión que, si bien parece haber sido resuelta del todo por la moderna ciencia del lenguaje, no deja de tener aún hoy día vigencia: «la relación entre las palabras y las cosas designadas por aquéllas», es decir, el imperceptible puente que une el lenguaje con la realidad que designa.

Así pues, y dados estos presupuestos, lejos de la tradicional y manida concepción de la etimología antigua como un cúmulo de conocimientos ya superados, y lejos del uso de los materiales de los lexicólogos antiguos como mera «cantera» inerte de datos que no merece un estudio como tal, nuestro propósito es poner de relieve el incalculable valor del legado etimológico antiguo como parte fundamental para el estudio de la historia de la cultura, y trazar, asimismo, la imprevista línea de su tradición hasta nuestros días. Entendemos la etimología como una forma ancestral y fundamental de pensamiento, que nos lleva a las antiguas concepciones sobre el *logos*, y como tal vamos a renombrarla con la expresión de «pensamiento etimológico»³. En las líneas que siguen no pretendemos trazar ninguna historia de la etimología, lo que sería imposible de hacer, ni siquiera sucintamente. Tan sólo queremos apuntar una serie de ideas que nos muestren cómo la etimología antigua, entendida como una «forma de pensamiento», es en sí misma un ejemplo genuino de tradición clásica que va a constituir, en definitiva, un sutil diálogo entre la Antigüedad y la Modernidad, pues de

² Jorge Luis Borges, «Sobre los clásicos», *Otras inquisiciones*, en *Obras completas II*, Barcelona, Emecé, 1989, pág.150.

³ Así lo podemos ver en el trabajo ya clásico de Max Warburg, «Zwei Fragen zum Kratylos», *Neue Philologische Untersuchungen* 5, 1929, págs. 66.

Platón iremos a parar a algunos de los autores más representativos del siglo xx. Tampoco vamos a hablar aquí de etimología científica, es decir, de esa suerte de Cenicienta de las disciplinas lingüísticas que tan grandes cultivadores ha tenido desde el s. xix, y donde no podemos olvidar al maestro Joan Corominas. Nuestro objeto de atención es la etimología tradicional y sus mecanismos anacrónicos del juego de palabras⁴, su ductilidad para formar anagramas y hacer las veces de una inquietante cábala.

Nuestro trabajo se articula en cuatro apartados: en primer lugar (1), reflexionaremos acerca de la variedad de usos que la etimología tenía en la Antigüedad. Después (2), nos detendremos en la dimensión de la etimología como ciencia capaz de abarcar el conocimiento de las cosas: enciclopedias chinescas, diccionarios utópicos y misceláneas se nos presentarán como formas de aprehensión de una compleja realidad. Tales afanes epistemológicos tendrán, como veremos, su merecido castigo en la tradicional consideración negativa de la etimología latina (3), donde podemos contraponer las posturas en contra y a favor de dos gigantes del pensamiento occidental, San Agustín y San Isidoro. Para terminar, presentamos un apartado (4) destinado a perfilar las dos grandes corrientes del uso de la etimología en las letras de nuestro siglo: el clasicismo y el babelismo. La conclusión (5) nos llevará de nuevo a Borges, esta vez en torno a la peculiar relación entre la interpretación de los sueños y la etimología.

1. *Utilidad de la etimología en la Antigüedad. Átomos y étimos*

Si bien desde Saussure sabemos con certeza que el lenguaje es un sistema de signos de naturaleza arbitraria, es decir, que no guarda una relación natural, sino convencional con las cosas que designa⁵, el puente entre las palabras y las cosas, por arbitrario que pueda llegar a parecernos, no deja de ser una suerte de fascinante misterio. Así queda perfectamente planteado en el *Crátilo* de Platón, donde se reflejan las posturas contrapuestas de Crátilo,

⁴ Es significativo que sea como juego, precisamente, la manera en que el autor de *Homo Ludens*, Johan Huizinga, denominara a la antigua etimología que nace con el Viejo Testamento y los Veda (*Homo Ludens*, Madrid, Alianza, 1998, págs. 342-343).

⁵ Intuición que ya se tiene desde la Antigüedad, sin olvidar, como muy bien apunta Alberto Bernabé, la aportación de los órficos. Cf. Alberto Bernabé, «Una forma embrionaria de reflexión sobre el lenguaje: la etimología de nombres divinos en los órficos», *RSEL* 22, 1992, págs. 25-54.

partidario de una relación por naturaleza, y de Hermógenes, que defiende la convención, ante el escepticismo sabio de Sócrates, quizá un cratiliano desencantado⁶ que desarrolla magistralmente una teoría de la mimesis, es decir, de la capacidad del lenguaje para imitar o, más bien, representar⁷ la realidad como si de una composición pictórica se tratara, de forma que las letras hagan las veces de los pigmentos (421c-428b)⁸.

Desde la mitología, la religión, o la magia, se ha tratado de buscar la relación oculta que unía las palabras y las cosas, según la cual, con la posesión de las primeras tendríamos el poder sobre las segundas. Los conjuros, o el nombre de la divinidad son producto de esta concepción mágica de la lengua. El lenguaje así concebido conlleva la posibilidad teórica de una serie variopinta de lenguas edénicas o perfectas⁹ que servirían de acceso para la comprensión omnisciente del mundo, lenguas donde cada palabra tendría su correlato unívoco y perfecto con la realidad que designase. Entendido el lenguaje de esta manera, la relación formal entre dos términos implica necesariamente una relación análoga entre las mismas cosas que designan, debiendo quedar en perfecta correspondencia el plano de la realidad y el plano del contenido. Pongamos como ejemplo la semejanza formal entre *homo* y *humus*, que obliga a plantear una relación de contigüidad en la realidad extralingüística: el «ser humano» es, en efecto, «inhumado» cuando muere. Así es como lo expone San Isidoro (*Orig. X 1*): *tamen claret alia*

⁶ «On devrait peut-être dire, avec Genette, que Socrate est un 'cratyliste déçu'. Son attachement nostalgique à la justesse des noms l'empêcherait alors de s'entendre sur le conventionnalisme, même pour le réfuter» (cf. Claudio Fresina, *La Langue de l'Être. Essai sur l'Étymologie Ancienne*, Münster, Nodus Publikationen, 1991, pág.104). Las dos traducciones más accesibles que tenemos del *Crátilo* en castellano se deben a Vicente Bécares Botas (Platón, *Crátilo o del lenguaje*, Salamanca, Universidad, 1982) y a José Luis Calvo (Platón, *Diálogos II*, Madrid, Gredos, 1992, págs. 341-461).

⁷ A este respecto, véase la interesante y poco conocida monografía de Víctor Li Carrillo, *Platón, Hermógenes y el lenguaje*, Caracas, Editorial Equinoccio, 1979, págs.48-49. Debo al profesor Felipe Hernández Muñoz el conocimiento de esta obra.

⁸ Frente a la clásica oposición entre el convencionalismo de Hermógenes y el naturalismo de Crátilo cabría una tercera posibilidad, tal y como la propone Félix Fernández de Castro: no se trataría esta vez de un naturalismo paródico (como es el que encontramos en la teoría de la mimesis), y no estaría basado tampoco en la relación del nombre con la cosa, sino en el «origen del lenguaje y su relación con el hombre.» (Félix Fernández de Castro, «La continuidad del naturalismo lingüístico», *RSEL* 23, 1993, págs. 295-332).

⁹ Para este asunto concreto véase el trabajo ya citado de Félix Fernández de Castro, así como el libro de Umberto Eco titulado *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1994.

specialis in origine quorundam nominum causa, sicut homo ab humo, unde proprie homo est appellatus. Esta «razón», o *ratio*, se manifiesta como una forma elemental de pensamiento¹⁰ que excede el ámbito de lo lingüístico y, como tal forma de pensamiento, constituye una rica y arraigada tradición que llega hasta nuestros días, porque, inconscientemente, seguimos creyendo que hay una relación entre las palabras y las cosas, y así lo delata la etimología popular¹¹.

Bien por imitación, bien por mágica inmanencia, los intentos por poner en relación las palabras y las cosas han hecho posible que en la Antigüedad la etimología estuviera ligada a diversos aspectos de la vida, entre los que cabe señalar la religión, la magia, la explicación de la naturaleza, el lenguaje poético, o el pensamiento (ya hemos comentado que es una de las

¹⁰ «El análisis etimológico de los poetas no se diferencia gran cosa en su esencia del que luego seguirán haciendo los filósofos, como Platón en el *Crátilo*, los estoicos y los gramáticos latinos hasta San Isidoro, de modo que inauguran una tradición llamada a tener una larga continuidad. Parten de una similitud formal entre dos palabras, que no obedece a reglas ni a principios científicos, y que desde luego no tiene pretensiones lingüísticas, ni genéticas, ni evolutivas ni sistemáticas. Sea simplemente evocando por proximidad una palabra y otra u otras que se suponen que están asociadas a ella, sea declarando taxativamente que tal palabra tiene que ver con la otra, lo que practican como etimología los griegos está mucho más cerca de la etimología popular que de ninguna otra cosa y parte de un *a priori*. La similitud formal entre dos términos (a menudo puramente casual) sugiere la posibilidad de relacionarlos también en el contenido y, a partir de ello, facilita el intento de estructurar la realidad a partir de relaciones de significado.» (A. Bernabé, «Lingüística antes de la lingüística. La génesis de la indagación sobre el lenguaje en la Grecia antigua», *RSEL* 28, 1998, págs. 313). Asimismo, acerca de tales procedimientos lingüísticos pueden consultarse los trabajos de F. Casadesús Bordoy («Heráclito y el Orfismo», *Enrahonar* 23, 1995, págs. 103-116) y A. Bernabé («Una etimología platónica: ΣΩΜΑ -ΣΗΜΑ», *Philologus* 139, 1995, págs. 204-237).

¹¹ De entre los innumerables ejemplos que podemos poner para ilustrar la etimología popular, hemos elegido éste que nos comenta Fernando Lázaro Carreter en uno de sus famosos «dardos en la palabra», allá por el año 1976 (publicado ahora en *El dardo en la palabra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 1997, págs. 67-69), cuando el llamado «destape» estaba tan de moda, para dar cuenta del proceso asociativo que conformó la expresión «en pelotas»: «Los cambios de indumentaria —el olvido del *pellote*— dejaron esta palabra a merced de la etimología popular y en la locución fue sustituida por *pelota*, derivado de *piel*, latín *pellis* (se ha dicho que tal vez de *pele*, pero no lo creo por el género). Influyó también el hecho de que *pella* significara, precisamente, *pelota*. De ese modo, *en pelota* equivaldría a *en pellote*, esto es, «a cuerpo» (o con atuendo casero) sugiriendo ya hiperbólicamente el desnudo total (...) Pero la historia prosiguió; en la voz *pelota* dejó de advertirse su vinculación con *piel*, y fue creciendo la etimología popular que la asociaba con los atributos viriles. En medios populares, se impuso el plural, y desde el siglo XIX comienza a registrarse *en pelotas* (...)).»

formas más genuinas de pensamiento antiguo)¹². Por tanto, podemos decir que una de las características esenciales de la etimología antigua es que no se trata de algo aislado del conjunto de la historia de la cultura, y esto nos lleva otra vez a la cuestión de su utilidad. La utilidad que se le dé a la etimología dependerá, en gran medida, de la concepción que tengamos de ella. De esta forma, la diferencia entre la etimología antigua, concebida como una búsqueda del significado verdadero (esto es, de hecho, lo que parece significar el término griego *ἐτυμολογία*), y la etimología moderna o científica, que no es otra cosa que una historia de las palabras (en este sentido, es muy pertinente el subtítulo de *Histoire de mots* que Ernout y Meillet pusieron a su *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine*), conlleva, asimismo, una diferencia en sus posibles utilidades, bien sean reales o imaginarias. Vamos a ver algunas de esas utilidades en la Antigüedad.

Un hecho que hoy día puede parecernos sorprendente a simple vista es que una concepción etimológica pueda estar imbuida de carácter religioso. La existencia de un legislador de los nombres (no sabemos si divino o humano) que establezca la relación entre las cosas y las palabras aparece claramente en el *Crátilo* de Platón (388e), y Varrón (*Ling.* VI 3) nos dice algo parecido: *natura (...) enim dux fuit ad uocabula imponenda homini*¹³. En este último hay toda una concepción teológica en el planteamiento de su investigación etimológica, imbuida no sólo de herencia platónica, sino también de pitagorismo¹⁴, en esa peculiar teoría de los grados de explicación etimológica que partiendo del más bajo, propio de la gente vulgar, llega al segundo, que concierne a la gramática, luego al tercero, que es el de los fi-

¹² Como bien apunta Alberto Zamoni (*La etimología*, Madrid, Gredos, 1988, pág. 22), «la especulación etimológica es ciertamente bastante antigua, tanto que la encontramos documentada ya en las primeras manifestaciones literarias: está ligada, naturalmente, no a una mentalidad histórica y científica en el sentido moderno, sino a una voluntad interpretativa de tipo mágico-religioso o filosófico y es inseparable de la reflexión sobre la naturaleza y sobre el origen del lenguaje humano».

¹³ En traducción de Manuel-Antonio Marcos Casquero (Varrón, *De lingua Latina*, Madrid, Anthropos/Ministerio de Cultura, 1990): «precisamente ésta (*sc.* la naturaleza) fue la que dictó al hombre la pauta para acuñar las palabras».

¹⁴ Para esta delicada cuestión siguen siendo fundamentales los estudios de P. Boyancé, «Étymologie et Théologie chez Varron», *REL* 53, 1975, págs. 99-109 y de W. Pfaffel, *Quartus gradus etymologiae. Untersuchungen zur Etymologie Varros in De Lingua Latina*, Königstein/Ts, Hain, 1981.

lósofos, y, finalmente, al cuarto, que es donde están los secretos iniciáticos del «rey»¹⁵:

Quartus, ubi est adytum et initia regis: quo si non perueniam ad scientiam, at opinionem aucupabor, quod etiam in salute nostra nonnumquam facit cum aegrotamus medicus (Var., *Ling.* V 8)¹⁶.

De forma muy distinta a la concepción de Varrón, Lucrecio, como buen seguidor de Epicuro, pone en relación la etimología con la física de los átomos. La concepción atomística del lenguaje, que equipara los átomos a las letras, está muy bien expresada en el siguiente pasaje del *De rerum natura* (I 897-914):

At saepe in magnis fit montibus» inquis «ut altis
arboribus uicina cacumina summa terantur
inter se, ualidis facere id cogentibus austris,
donec flammai fulserunt flore coorto».
Scilicet et non est lignis tamen insitus ignis,
uerum semina sunt ardoris multa, terendo
quae cum confluxere, creant incendia siluis.
Quod si facta foret siluis abscondita flamma,
non possent ullum tempus celarier ignes,
conficerent uolgo siluas, arbusta cremarent.
Iamne uides igitur, paulo quod diximus ante,
permagni referre eadem primordia saepe
cum quibus et quali possitura contineantur
et quos inter se dent motus accipiantque,
atque eadem paulo inter se mutata creare
ignes et lignum? Quo pacto uerba quoque ipsa
inter se paulo mutatis sunt elementis,
cum *ligna* atque *ignes* distincta uoce notemus¹⁷.

¹⁵ «Mais le mot le plus énigmatique de cette ligne de Varron, ce n'est pas *adytum et initia*. C'est le mot de *regis*. Quel est donc ce roi qui, plus qu'un autre, sait user des vocables et leur donner le sens le plus véritable?» (Boyancé, art. cit., pág. 107).

¹⁶ «El cuarto grado es donde se hallan el santuario y los secretos iniciáticos del rey. Si yo no alcanzara a llegar a él, a la ciencia, al menos estaré al acecho de la opinión, lo mismo que de vez en cuando hace el médico cuando en nuestra salud experimentamos una enfermedad» (trad. de M. A. Marcos Casquero).

¹⁷ Tales versos suenan como sigue en reciente versión rítmica de Agustín García Calvo: «Sí, pero a veces sucede en los montes» dices «que árboles / altos las puntas cercanas contra uno de otro ramaje / restriegan por vientos que recio entre sí rozarse las hacen, / hasta que ya estallaron en flor de llama flagrantés.» / Ciertamente, y, con todo, que haya en el leño llama no

Aunque Lucrecio critica en otro lugar a los necios que en «enrevesadas palabras» creen ver lo verdadero (Lucr. I 641-642), termina dándonos esta suerte de juego verbal donde, al igual que la diferencia entre una sustancia y otra depende, según la física epicúrea, de una disposición diferente de los átomos, la diferencia entre las palabras *árbol* y *ardor*, o *lígneo* e *ígneo*¹⁸, viene dada también por la disposición de las letras¹⁹. Este singular planteamiento nos lleva directamente al «anagrama», la recombinación de letras que desde la *cábala*²⁰ hasta nuestro juego del *scrabble* ha calado, asimismo, en la religión, en el pensamiento, o la literatura; y cuyas relaciones con la historia de la etimología antigua son tan evidentes como misteriosas. Aunque irónico, es significativo este pasaje alusivo al anagrama que encontramos en el *Crátilo* de Platón:

Mira, Hermógenes, que tengo razón cuando te digo que añadiendo o quitando letras varía mucho el sentido de las palabras, hasta el punto de que, a veces, una ligera alteración provoca un cambio radical de significado (418a trad. de Vicente Bécares Botas).

cabe, / y si que simientes de ardor haya muchas allí, que al juntarse / con el rozar en un flujo, al bosque incendio le arden; / que si ya hecho escondido en el leño el fuego se hallase, / no podrían las llamas momento alguno celarse, / bosque arrasaran doquiera, abrasaran los matorrales. / ¿Vas viendo ya, pues, aquello que poco hablábamos antes, / que mucho importa a menudo unos mismos primordios con cuáles / otros y en qué postura entre sí se junten y enlacen / y qué movimiento se den uno a otro al entrechocarse, / y cómo unos mismos fabrican, a poco entre sí que se cambien, / o árbol o ardor?, como las palabras mismas por arte / semeja entre sí se oponen con pocas letras mudarles, / dando que *árbol* o *ardor* con voz distinta se marquen.» (Lucrecio, *De la realidad/De rerum natura. Edición crítica y versión rítmica de Agustín García Calvo*, Zamora, Lucina, 1997, págs.108-110).

¹⁸ Esta es otra posibilidad de traducción de *ligna* e *ignes*: «Lo mismo ocurre con las palabras, que sólo se distinguen por un ligero trueque de letras, y con voces diferentes designamos lo *ígneo* y lo *lígneo*» (trad. de Eduardo Valentí [Lucrecio, *De la naturaleza*, Madrid, CSIC, 1983]).

¹⁹ Frederich Ahl, *Metaformations. Soundplay and wordplay in Ovid and other Classical Poets*, Ítaca-Londres, Cornell University Press, 1985, págs. 40-44.

²⁰ Recordemos la relación de la *cábala* con el mito centroeuropeo del Golem con las mismas palabras de Borges: «Volvamos al golem. Se supone que si un rabino aprende o llega a descubrir el secreto nombre de Dios y lo pronuncia sobre una figura humana hecha de arcilla, ésta se anima y se llama golem. En una de las versiones de la leyenda, se inscribe en la frente del golem la palabra *emet*, que significa verdad. El golem crece. Hay un momento en que es tan algo que su dueño no puede alcanzarlo. Le pide que le ate los zapatos. El golem se inclina y el rabino logra borrarle el aleph o primera letra de *emet*. Queda *met*, muerte. El golem se transforma en polvo.» (J. L. Borges, «La *cábala*», en *Siete noches*, publicado en *Obras Completas III*, Barcelona, Emecé, 1989, pág. 274).

Esta tradición anagramática sigue perviviendo en lugares insospechados de nuestra moderna historia literaria. En este sentido, no hace mucho tiempo Umberto Eco²¹ hablaba de forma similar a Lucrecio acerca de la relación entre «étimos» y «átomos», refiriéndose precisamente a la obra de James Joyce:

(...) cuando se piensa en el experimentalismo, se piensa en Joyce, y en el Joyce de *Finnegans Wake*, donde no sólo el inglés, sino las lenguas de todos los pueblos, reducidas a un vértice de fragmentos en libertad, se recomponen y se deshacen otra vez en un remolino de nuevos monstruos léxicos, que se agrupan por un momento para disolverse de nuevo, como en una danza cósmica de átomos, en la que la escritura se disgrega hasta el último, y no es casual la analogía fónica entre étimo y átomo que indujo a Joyce a hablar para su obra de *abnihilation of the etym.*

Podemos percibir en este texto, además de un ingenioso juego de palabras entre *étimo* y *átomo*, un cierto regusto epicúreo que abre una sugerente vía de comparación entre las antiguas etimologías y la literatura de creación verbal de nuestro siglo. No en vano, Epicuro y Joyce vivieron momentos históricos de profunda crisis, pues el primero asistió a la descomposición de la *polis* como sistema político²², y el segundo conoció un turbulento mundo entre dos guerras.

Por su parte, el lenguaje poético ha hecho uso desde antiguo de la etimología y el anagrama, y de ello no son ajenos los grandes bardos de Grecia y Roma, como Homero, Ennio, Virgilio y Ovidio²³, así como luego continuarán esta tradición los poetas de la Edad Media. Ya que este aspecto daría para llenar muchas páginas, pondremos tan sólo un pequeño pero significativo ejemplo de etimología y literatura extraído de la *Eneida* de Virgilio, en torno a una palabra tan significativa para la historia de Roma como

²¹ Umberto Eco, «Entre la Mancha y Babel», discurso pronunciado el día 21 de mayo de 1997 con motivo de su investidura como *doctor honoris causa* por la Universidad de Castilla-La Mancha (extracto publicado en *El País* del 31 de mayo de 1997). Para el estudio que Eco hace de Joyce cf. su *Obra abierta*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1984.

²² Véase el capítulo titulado «Perdidos en el mundo», perteneciente al libro *El Epicureísmo*, de Emilio Lledó, Madrid, Taurus, 1995, págs. 57-63.

²³ En lo que a este aspecto concierne, cf. Cira Morano, «El tratamiento de las etimologías por gramáticos y poetas latinos», *Emerita* 55, 1980, págs. 107-112 y, en lo que al mundo griego respecta, además del ya citado artículo de Bernabé sobre la etimología en la poesía órfica, cf. el reciente trabajo de Alain Blanc, «Littérature et étymologie en grec ancien», *BAGB* 1996, págs. 3-16.

es *Latium*. Evidentemente, para la mentalidad antigua el término que designa la tierra prometida tenía que tener una razón de ser, no podía estar sujeto a la mera arbitrariedad. Virgilio nos ofrece una explicación etimológica explícita que pone en relación *latium* con *latet*, basada precisamente en Varrón²⁴:

Primus ab aetherio uenit Saturnus Olympo,
arma Iouis fugiens et regnis exsul adeptis.
Is genus indociile ac dispersum montibus altis
composuit legesque dedit *latiumque* uocari
maluit, his quoniam *latuisset* tutus in oris (Verg., A. VIII 319-323)²⁵

Pero Virgilio no se conforma tan sólo con la explicación varroniana, sino que nos deleita, asimismo, con el ingenioso y perfecto anagrama que re-combinando las letras de *latium* conforma *maluit*. En otros lugares se encuentran distintos juegos de palabras con *latium*, pero están más cerca de la aliteración:

ut Italiam laeti Latiumque petamus (Verg., A. I 554)
et late Latium incebrebre nomen (Verg., A. VIII 14)
talia per Latium (Verg., A. VIII 18)

Puede observarse, además, cómo del ejercicio etimológico del primer texto hasta el mero juego de palabras de estos últimos, aliteraciones, al fin y al cabo, hay tan sólo un sutil e inquietante paso. No deja de asombrarnos que uno de los padres de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure, tuviera una verdadera obsesión por la búsqueda de anagramas dentro de la poesía antigua. Jean Starobinski²⁶ nos ilustra bien acerca de la significativa

²⁴ «Dans un autre passage (VIII 322 sigs.), Virgile fait véritablement concurrence à Varron; au Varron du *De lingua latina* aussi bien qu'à celui des *Antiquités romaines*. Nous y voyons le nom du *Latium* expliqué par le souvenir des lieux où Saturne s'était caché (*latere*): *his quoniam latuisset tutus in oris*» (J. Marouzeau, «Virgile linguiste», en *Mélanges de Philologie, de Littérature et d'Histoire anciennes offert à Alfred Ernout*, Paris, Klincksieck, 1940, págs. 259-265. El texto citado está en la pág. 260).

²⁵ «Saturno llegó el primero del etéreo Olimpo, huyendo las armas de Júpiter y desterrado, despojado de su reino. Él fue quien reunió aquella nación indomable y dispersa por los altos montes, les dio leyes, y prefirió que se llamara *Lacio*, ya que sano y salvo estuvo *latente* por estas riberas»

²⁶ Jean Starobinski, *Las palabras bajo las palabras. La teoría de los anagramas de Ferdinand de Saussure*, Barcelona, Gedisa, 1996, pág. 10. Es muy interesante el más reciente

faceta del gran lingüista ginebrino que Fernández Galiano calificara de «inquietante y casi patológica, como fuente primordial de la creación lingüística»²⁷. En todo caso, Saussure es hijo de una tradición que ya ensaya Platón en su *Crátilo*, que atraviesa el mundo antiguo y el moderno (*Caluinus: Alcuinus*), llega a los grandes autores de nuestro siglo (*T. S. Eliot: toilets*) y termina presentándose en su faceta más popular del juego del *scrabble*, motivo de algún que otro respetable diccionario en torno a sus posibilidades de combinación. Saussure daría un paso más allá con la formulación de sus «hipogramas», que ilustramos con este excelente ejemplo de Lucrecio (I 20-22), de donde extrae la palabra oculta *aprodite*²⁸:

efficis ut cupide generatim saecula PROpagent.
 quae quoniam rerum naturam sola gubernas,
 nec sine TE quicquam DIas in luminis oras

Pero la etimología no es tan sólo ese juego de palabras que termina haciéndonos sospechar, como a Sócrates, que el lenguaje no es más que una forma de engaño. Muy al contrario, la etimología, concebida ahora más desde un punto de vista derivativo, puede servirnos como soporte conceptual que facilite nuestro entendimiento de las cosas. Así lo vemos en Cicerón, quien, a pesar de su escepticismo ante los ejercicios etimológicos de los estoicos²⁹, nos ofrece buenos ejemplos de pensamiento a partir de una etimología, pues, según sus propias palabras, «un argumento puede desarrollarse a partir del significado de una palabra» (*cum ex ui nominis argumentum elicitur* [Top. VIII 35]). Sirva de ejemplo el siguiente pasaje, entresacado del libro primero de sus *Tusculanas*, donde se argumenta en torno al término *cor* como sede del alma³⁰:

trabajo de Raúl Rodríguez Ferrándiz, *Semiótica del anagrama. La hipótesis anagramática de Ferdinand de Saussure*, Alicante, Universidad, 1998.

²⁷ Para el anagrama, no podemos dejar de citar la excelente «tercera de ABC» que Manuel Fernández Galiano escribiera en el número correspondiente al 7 de abril de 1988, y de donde hemos tomado estas palabras entrecorilladas.

²⁸ Cf. Rodríguez Ferrándiz, *ob. cit.*, pág. 82.

²⁹ Cf. Zamboni, *ob. cit.*, pág. 39.

³⁰ «A unos el alma les parece el propio corazón; por lo que se habla de concordés, excordes y vecordes; y Nasica el gran sabio, dos veces cónsul 'corazoncito' y Elio Sexto, hombre cauto notablemente inteligente (*cordatus*). Empédocles piensa que el alma es la sangre que llena el corazón.» (Trad. de José Antonio Enríquez y Ángela Roperó Gutiérrez). Otros buenos ejemplos en *N.D.* II 7; III 25; IV 64.

(...) aliis cor ipsum animus uidetur, ex quo excordes, uecordes concordisque dicuntur et Nasica ille prudens bis consul «Corculum» et «egregie cordatus homo, catus Aelius Sextus». Empedocles animum esse censet cordi suffusum sanguinem. (Cic., *Tusc.* I 18).

Ejemplos como éste, es decir, de una argumentación basada en el examen etimológico, donde la etimología se constituye, así concebida, en una herramienta precisa como soporte conceptual, los encontraremos, asimismo, en figuras tan señeras del pensamiento español de nuestro siglo como Unamuno, Pérez de Ayala, y Ortega y Gasset. De esta forma, la etimología seguirá sirviéndonos para poner orden en nuestras ideas, confiriendo a las palabras una forma nítida, y a esta dimensión del pensamiento etimológico la vamos a denominar, inspirados en Ortega, «clasicismo», frente a los terribles juegos verbales de aquellos que se dedican a atomizar las palabras.

En definitiva, la etimología antigua guardaba una relación estrecha con la religión, con la explicación del mundo, con la función poética, y con la argumentación, por enumerar tan sólo cuatro facetas importantes de su uso. La etimología constituye, en definitiva, una forma de pensamiento íntimamente implicada con la historia de la cultura clásica, y es precisamente desde esa óptica desde donde puede encontrarse uno de los aspectos más interesantes de su estudio, como medio para entender la mentalidad que así la concibe.

2. *La enciclopedia chinesca y el sueño del diccionario perfecto. La miscelánea*

En este apartado no vamos a prestar atención a las etimologías como tales, sino a cómo se organizan en los libros de la Antigüedad, pues este hecho nos va a revelar las claves para poder comprender mejor la dimensión de este viejo saber como una forma de epistemología. Para empezar, debemos decir que las etimologías pueden concebirse y agruparse bien como un «todo orgánico», a la manera de una enciclopedia en ciernes (Varrón), bien como un protodiccionario (Verrio Flaco, Festo), o, por el contrario, como un ejercicio «asistemático» y puntual, dentro de una obra de miscelánea (Gelio). Estas diferentes maneras representan, en definitiva, distintas y en muchos casos imprevistas aproximaciones al mundo.

Comencemos por lo que vamos a denominar, con permiso de los especialistas, la «protoenciclopedia» de Varrón, como muy bien podría conside-

rarse el conjunto de su obra³¹, aunque aquí vamos a centrarnos exclusivamente en la que lleva por título *De lingua Latina*. Llama la atención la manera en que el erudito romano ha distribuido los libros V, VI y VII de su *De lingua Latina*, precisamente los dedicados al origen de las palabras, ya que, desgraciadamente, hemos perdido los cuatro primeros, también dedicados al mismo asunto. Varrón hace la siguiente división de los términos: palabras referidas al espacio (libro V), palabras referidas al tiempo (libro VI) y palabras que emplean los poetas (libro VII). Cada libro, por su parte, se va dividiendo en una minuciosa clasificación de su ámbito respectivo. Sirva como muestra el fascinante libro V, que nos va presentando nada menos que las etimologías de todas las cosas existentes en el mundo. De esta forma, podemos encontrar en él los orígenes de las palabras referidas al espacio (*locus*), tanto lo que hay en el cielo como en la tierra; con respecto a la tierra se nos habla acerca de Asia y Europa, de los campos de cultivo, los prados y de la ciudad de Roma. Luego se trata acerca de los inmortales, seguidos por los mortales. En las páginas dedicadas a las aves y los pájaros se nos dice que sus nombres vienen en su mayor parte de la voz que emiten. A continuación aparecen los animales acuáticos, cuyos nombres unas veces son vernáculos y otras extranjeros, y cuando no es así se denominan por medio de una característica o semejanza con algo. De los animales anfibios se pasa a los que viven sobre la superficie de la tierra, lo que nos lleva, por contigüidad, a una serie de términos referidos al hombre, al ganado y a las fieras salvajes. De los seres humanos se estudian los nombres de cargos públicos, así como la religión y la milicia, la fortuna, o los diferentes nombres de artífices. Se pasa después a hablar acerca del ganado y de las fieras salvajes, donde se termina tratando acerca de los animales sin hálito y de las plantas, para concluir con varios capítulos que versan acerca de los objetos. Centrémonos ahora en el pasaje dedicado a los nombres de los pájaros (V 75-76)³²:

Quod ad immortalis attinet, haec; deinceps quod ad mortalis attinet uideamus. De his animalia in tribus locis quod sunt, in aere, in aqua, in terra, a

³¹ En el caso de Varrón contamos con elementos suficientes como para poder encontrar una parte de sus libros el sentido primigenio de la «enciclopedia» (ἐγκύκλιος παιδεία), entendida ésta como educación o cultura general (cf. Henry-Irenee Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, Madrid, Akal, 1985, pág. 234). Sin embargo, cuando hablamos de «enciclopedia» nos referimos ya al sentido moderno de «reunión de saberes».

³² Un excelente ejemplo moderno de este estudio puede encontrarse en Francisco Berns, *Diccionario de nombres vernáculos de aves*, Madrid, Gredos, 1996.

summa parte ad infimam descendam. Primum nomina omnium: alites ab alis, uolucres a uolatu. Deinde generatim: de his pleracque ab suis uocibus ut haec: upupa, cuculus, coruus, hirundo, ulula, bubo, item haec: pauo, anser, gallina, columba.

Sunt quae aliis de causis appellatae, ut noctua, quod noctu canit et uigilat, lusciniola, quod luctuose canere existimatur atque esse ex Attica Progne in luctu facta auis. Sic galeritus et motacilla, altera quod in capite habet plumam elatam, altera quod semper mouet caudam. Merula, quod mera, id est sola, uolitat; contra ab eo graguli, quod gregatim, ut quidam Graeci greges γέργερα. Ficedulae et miliariae a cibo, quod alterae fico, alterae milio fiunt pingues³³.

Sin embargo, da la impresión de que este todo que trata de recoger y sistematizar las cosas conocidas mediante asociaciones y etimologías tan singulares es una empresa ardua y poco factible, por lo que nos trae a la memoria un singular texto de Borges, extraído esta vez de su prosa titulada «El idioma analítico de John Wilkins»³⁴, donde encontramos la siguiente clasificación deliberadamente imposible:

Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está es-

³³ «Hasta aquí, lo que se refiere a los inmortales. Pasemos a examinar ahora lo que atañe a los mortales. En cuanto a éstos, los animales, que, por encontrarse en tres diferentes lugares —el aire, el agua y la tierra—, voy a tratarlos comenzando por la zona más elevada para ir descendiendo luego hasta la más baja. Ante todo, los nombres de valor general. *Alites* (volátiles) deriva de *alae* (alas); *uolucres* (pájaros), de *uolatus* (vuelo). Después, por categorías: la mayoría de las aves tienen un nombre derivado de la voz que emiten. Por ejemplo, *upupa* (abubilla), *cuculus* (cuco), *coruus* (cuervo), *hirundo* (golondrina), *ulula* (lechuza), *bubo* (búho); y así mismo, *pauo* (pavo), *anser* (ganso), *gallina* (gallina), *columba* (paloma).

Hay otras que deben su nombre a muy diversos motivos. Por ejemplo, el autillo (*noctua*), porque es de noche (*noctu*) cuando canta y vela; el ruiseñor (*lusciniola*), porque la gente considera que canta quejumbrosamente (*luctuose*); y que no es otra que la ateniense Progne, convertida en ave en su dolor (*luctus*). Así mismo, la alondra moñuda (*galeritus*) y el aguzanieves (*motacilla*): la primera, porque ostenta sobre la cabeza una pluma erguida; el segundo, porque mueve (*mouet*, *motus*) continuamente su cola. El mirlo (*merula*), porque suele volar *mera*, es decir, completamente solo, al contrario que los grajos (*graguli*), que suelen hacerlo en banda (*gregatim*), de manera que algunos griegos a estas bandadas (*grege*) las denominan *guérquera* (γέργερα). Los becafigos (*ficedulae*) y los hortelanos (*miliariae*) deben su nombre a su tipo de alimento, pues los primeros engordan con higos (*ficus*) y los segundos con el mijo (*milium*)» (trad. de M. A. Marcos Casquero).

³⁴ *Otras Inquisiciones*, en *Obras Completas* II, Barcelona, Emecé, 1989, pág. 86.

crita que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas (...).

Lo cierto es que esta enciclopedia ficticia y supuestamente oriental tiene mucho de tradición occidental (así lo observó Michel Foucault en *Les mots et les choses*, donde delata su ordenación alfabética) a tenor de lo que podemos leer en otras conocidas obras de recopilación de la Antigüedad. A este respecto, resulta muy significativo que un autor tan afín a Borges como Italo Calvino exprese de la siguiente manera su fascinación por las que él mismo denomina «aproximaciones imprevistas» de las clasificaciones que hace un compilador como Plinio el Viejo³⁵:

El uso que siempre se ha hecho de Plinio, creo, es el de consulta, ya para saber qué sabían o creían saber los antiguos sobre una cuestión determinada, ya para escudriñar curiosidades y rarezas. (Bajo este último aspecto no se puede descuidar el libro I, es decir el sumario de la obra, cuyas sugerencias vienen de aproximaciones imprevistas: «Peces que tienen un guijarro en la cabeza; Peces que se esconden en invierno; Peces que sienten la influencia de los astros; Precios extraordinarios pagados por ciertos peces», o bien «Sobre la rosa: 12 variedades, 32 medicamentos; 3 variedades de lirios, 21 medicamentos; Planta que nace de una lágrima propia; 3 variedades de narcisos; 17 medicamentos; Planta cuya semilla se tiñe para que nazcan flores de colores; El azafrán: 20 medicamentos; Dónde da las mejores flores; Qué flores eran conocidas en tiempos de la guerra de Troya; Vestiduras que rivalizaban con las flores», y aún: «Naturaleza de los metales; Sobre el oro; Sobre la cantidad de oro que poseían los antiguos; Sobre el orden ecuestre y el derecho a llevar anillos de oro; ¿Cuántas veces cambió de nombre el orden ecuestre?») Pero Plinio es también un autor que merece una lectura continuada, siguiendo el calmado movimiento de su prosa, animada por la admiración de todo lo que existe y por el respeto hacia la infinita diversidad de los fenómenos. (págs. 45-46)

De esta forma, obras como la *Naturalis Historia*, de Plinio el Viejo, rebuscos de erudición e imaginación, han seguido fascinando con sus reco-

³⁵ «El cielo, el hombre, el elefante» (Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1995, págs. 45-55).

pilaciones de datos a las generaciones posteriores de lectores, ávidos de zoologías reales y fantásticas. Los bestiarios son, probablemente, su manifestación más llamativa.

También como un todo organizado, pero ahora en forma de diccionario, es igualmente interesante considerar la estructura del compendio que conocemos como «Paulo-Festo», es decir, las partes conservadas del diccionario de Sexto Pompeyo Festo y el epítome que hizo de él, ya en época de Carlomagno, Pablo el Diácono, y donde quizá podamos rastrear la obra perdida del lexicógrafo Verrio Flaco. Verrio Flaco (finales del s. I a. C.) estudiaba en su obra *De uerborum significatu* el significado de vocablos que ya en su época parecían raros e incomprensibles. En el siglo II, Sexto Pompeyo Festo elabora una nueva obra lexicográfica titulada *De uerborum significationibus*, de la que se ha perdido gran parte, y que tradicionalmente se ha pensado que estaba basada en la precedente, aunque no parece que estuviera tan sólo integrada por el material léxico de Verrio Flaco³⁶. Sea como fuere, es muy interesante observar la organización de la obra, basada en un curioso criterio que oscila entre lo alfabético y lo conceptual. El orden alfabético estricto que hoy entendemos como propio de un diccionario es un precepto propio de la lexicografía moderna, que Julio Casares, no en vano el padre del «diccionario ideológico», llegó a calificar de «ingenioso», a pesar de no ser «racional»³⁷. De esta forma, las relaciones etimológicas y las de contenido son habitualmente un obstáculo para la presentación formal, de criterio alfabético, donde cada término debe tener su entrada propia. Lo singular de Verrio Flaco es que, en el caso de estar en la base de la obra de Festo, habría combinado uno y otro criterio, el alfabético y el temático. Este hecho, en opinión de Grandazzi, lejos de ser una incoherencia, debe entenderse según las claves propias de la etimología antigua, donde se acepta abierta-

³⁶ Si Festo fue un mero recopilador de Verrio Flaco, o, por el contrario, fue un autor original que manejó diversas fuentes, cf. Alessandro Moscati («Verrio, Festo e Paolo», *GIF* 10, 1979, págs. 17-36 y «Problemi filologici nell'Epitome di Paolo Diacono del *De Verborum significationibus* di Sesto Pompeo Festo», *La cultura in Italia fra tardo antico e alto medioevo [Atti del Convegno tenuto a Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, dal 12 al 16 Novembre 1979]* I, Roma, 1981, págs. 467-474), partidario de la originalidad de Festo. La postura contraria puede encontrarse en Alexandre Grandazzi, «Les mots et les choses: la composition di *De uerborum significatu* de Verrius Flaccus», *REL* 69, 1991, págs. 101-123.

³⁷ «El orden alfabético es un arbitrio ingenioso, pero no es un arbitrio racional» (Julio Casares, *Nuevo Concepto del diccionario de la lengua. Discurso leído en el acto de su recepción por D. Julio Casares y Sánchez y contestación del Excm. Sr. D. Antonio Maura y Montaner el día 8 de mayo de 1921*, Madrid, G. Koehler, 1921, págs. 28-31).

mente una relación natural entre las palabras y las cosas, lo que explica que el orden alfabético y el temático se complementen entre sí, ya que la contigüidad alfabética implicaría, a su vez, una contigüidad en el contenido. Grandazzi aduce, entre otros, el siguiente ejemplo significativo, por lo explícito, que encontramos en la sucesión de los términos *Adolescit* y *Altaria* que puede leerse en el epítome de Pablo el Diácono³⁸:

Adolescit a Graeco ἀλδήσκω, id est adresco, uenit. Vnde fiunt adultus, adulescens: altare, eo quod in illo ignis exrescit; et exoletus, qui excessit olescendi, id est crescendi, modum; et inoleuit, id est, creuit.

Altaria sunt, in quibus igne adoletur.

Es evidente que no se respeta el orden alfabético estricto, lo que parece obedecer a una relación conceptual entre uno y otro término, pues el segundo, *altaria*, se va a explicar mediante el primero, de manera que podemos leer a continuación: *Altaria sunt in quibus igne adoletur*. Si lleváramos esta concepción a sus últimas consecuencias, el diccionario perfecto sería probablemente aquel en el que el orden alfabético y la relación conceptual coincidieran perfectamente.

Estas preocupaciones formales no atañen a la obra de Gelio (s. II), que es un conjunto heterogéneo de escritos acerca de asuntos diversos, tales como cuestiones literarias, anécdotas y reflexiones filosóficas, que responde a una tendencia a relajar las formas literarias para evitar así el cansancio del lector. Entre tales escritos no podían faltar, naturalmente, las reflexiones sobre cuestiones etimológicas. Ya el mismo título de la obra, *Noctes Atticae*, nos sorprende, pues no se refiere al contenido, sino a las circunstancias de la composición. Se trata del estudio a la luz del candil, la *lucerna*, lo que supone una erudición relajada, salteada³⁹, gozando de una libertad que prelude ya el propio ensayo moderno, frente a los esfuerzos encaminados a la omnicomprensión del mundo de las obras precedentes. Es muy interesante observar cómo Gelioreflexiona en más de una ocasión acerca de las etimologías de otros autores, como es el caso de Varrón (Gel. I 18), de Publio Nigidio (Gel. X 4), o este excepcional pasaje sobre la etimología de *persona* en Gavio Baso (Gel. V 7):

³⁸ *Sexti Pompei Festi De Verborum Significatu quae supersunt cum Pauli Epitome. Thewrewkianis copiis usus edidit Wallace M. Lindsay*, Hildesheim, Georg Olms, 1965 (Leipzig, 1913), pág. 5.

³⁹ *Vsi autem sumus ordine rerum fortuito, quem antea in excerptendo feceramus* (Gel. praef. 2) («Hemos respetado el mismo orden fortuito que antes seguimos al tomar las notas»).

Personae» uocabulum quam lepide interpretatus sit quamque esse uocis eius originem dixerit Gaius Bassus.

Lepide mi hercules et scite Gaius Bassus in libris, quod *de Origine uocabulorum* composuit, unde appellata «persona» sit, interpretatur; a personando enim id uocabulum factum esse coniectat. Nam «caput» inquit «et os coperimento personae tectum undique unaque tantum uocis emittendae uia peruium, quoniam non uaga neque diffusa est, <set> in unum tantummodo exitum collectam coactamque uocem ciet, magis claros canorosque sonitus facit. Quoniam igitur indumentum illud oris clarescere et resonare uocem facit, ob eam causam *persona* dicta est o littera propter uocabuli formam productiore.

Hoy día sabemos que el término latino *persona* proviene realmente del etrusco⁴⁰, por lo que la *ratio* que tradicionalmente ha explicado el término mediante el falso corte *per-sonat*, dando a entender que la *persona* se llama así porque *personat*, es decir, «resuena», está definitivamente descartada. Sin embargo, la etimología tradicional sigue viva en la historia de la cultura, si bien ya no se recuerda tanto al autor clásico que nos la ha transmitido para la posteridad. En otro lugar⁴¹, hemos estudiado el singular hecho de que el novelista argentino Julio Cortázar reproduzca en su novela *Rayuela*, concretamente en el capítulo 178 (uno de los «Capítulos prescindibles»), la traducción al castellano de este pasaje de las *Noctes Atticae* en versión de Francisco Navarro y Calvo⁴²:

De la etimología que da Gabio Basso de la palabra *persona*.

Sabia e ingeniosa explicación, a fe mía, la de Gabio Basso, en su tratado *Del origen de los vocablos*, de la palabra *persona*, máscara. Cree que este vocablo toma origen del verbo *personare*, retener. He aquí cómo explica su opinión: «No teniendo la máscara que cubre por completo el rostro más que una abertura en el sitio de la boca, la voz, en vez de derramarse en todas direcciones, se estrecha para escapar por una sola salida, y adquiere por ello sonido más penetrante y fuerte. Así pues, porque la máscara hace la voz

⁴⁰ Alfred Ernout, «Les éléments étrusques du vocabulaire latine», *Philologica* I, París, 1946, pág. 25.

⁴¹ Cf. Francisco García Jurado, «El juego de la erudición: la miscelánea en Julio Cortázar y Aulo Gelio (a propósito de las máscaras-*personae* reales y verbales)» en Darío Villanueva y Fernando Cabo Aseguinolaza (eds.), *Paisaje, juego y multilingüismo* II, Universidad de Santiago de Compostela, 1996, págs. 137-147.

⁴² Aulo Gelio, *Noches Áticas* I-II, Madrid, Librería Vda. de Hernando (Biblioteca Clásica), 1893.

humana más sonora y vibrante, se le ha dado el nombre de *persona*, y por consecuencia de la forma de esta palabra, es larga la letra *o* en ella.» Aulio (sic) *Gelio, Noches Áticas*.

Esta cita, que ha pasado desapercibida entre el heterogéneo conjunto de referencias que hay en *Rayuela*, no nos parece fortuita, pues su contenido debe ponerse en relación con uno de los *leit-motif* de la obra de Cortázar: el problema del lenguaje como vehículo de comunicación, donde subyace el pensamiento de Ludwig Wittgenstein⁴³. Ya hemos dicho que la cita del texto de Aulo Gelio constituye el capítulo 148 de *Rayuela*. Como es sabido, esta novela no tiene por qué leerse linealmente, sino que puede optarse por un Tablero de Dirección que, de la misma forma que el juego de niños que da título a la obra, nos permite saltar de una parte a otra. Pues bien, el capítulo que nos ocupa está situado, según el Tablero de Dirección, entre los capítulos 41 (precisamente el primero que redactó Cortázar) y el 42. No hemos encontrado relación evidente entre el capítulo 148 con su precedente, pero sí parece que la hay con el capítulo 42, y, más precisamente, con este pasaje:

(...) Le había dado esa mañana por pensar en frases egipcias, en Toth, significativamente dios de la magia e inventor del lenguaje. Discutieron un rato si no sería una falacia estar discutiendo un rato, dado que el lenguaje, por más lunfardo que lo hablaran, participaba quizá de una estructura mántica nada tranquilizadora. Concluyeron que el doble ministerio de Toth era al fin y al cabo una manifiesta garantía de coherencia en la realidad o la irrealidad; los alegró dejar bastante resuelto el siempre desagradable problema del correlato objetivo. Magia o mundo tangible, había un dios egipcio que armonizaba verbalmente los sujetos y los objetos. Todo iba realmente muy bien (*Rayuela*, cap. 42)

En Cortázar volvemos a encontrarnos con un viejo anhelo humano que ya veíamos en los viejos textos griegos: la búsqueda de la armonía entre las

⁴³ En *Rayuela*, Wittgenstein aparece citado en los capítulos 28 y 99. En nota al texto de Cortázar, Andrés Amorós apunta lo siguiente:

Dice Antonio Pagés Larraya: «creo advertir en Cortázar una evidente influencia del pensamiento lingüístico de Ludwig Wittgenstein, y lo cierto es que *Axolotl* ilustra tensamente esa imposibilidad de trascendencia a través de la palabra que el pensador vienés lleva hasta la consecuencia dramática de no admitir la posibilidad de comunicación verbal profunda». (Julio Cortázar, *Rayuela*, ed. de Andrés Amorós, Madrid, Cátedra, 1984², pág. 309, n. 22).

palabras y las cosas. Así pues, la etimología latina de *persona* representa ese afán de correspondencia entre los sujetos y los objetos de la que, por lo demás, es garante el dios egipcio, famoso inventor de la escritura, según el mito platónico (*Fedro* 274b-275e y *Filebo* 18b-d)⁴⁴, y al que los griegos llamarían Hermes Trimegisto. Se trata, probablemente, de una reacción frente al babelismo del que la literatura contemporánea (Joyce, el mismo Cortázar, Cabrera Infante...) ha hecho tantas veces gala con sus juegos de palabras, sus *abnihilations of the etym*, a los que más arriba aludíamos.

La etimología se entiende, en definitiva, como una forma genuina de erudición o elucubración, bien se conciba a la manera de una enciclopedia, de un diccionario, o de un ensayo *avant la lettre*. Los detractores dirán que es una erudición inútil, como es el caso de toda la tradición escéptica, desde Platón a San Agustín, y los defensores entenderán que esta erudición es, nada menos, que la llave para conocer el mundo, desde Varrón a San Isidoro. Precisamente a esta relación de la etimología como forma genuina de pensamiento clásico que termina convirtiéndose en una manifestación de la propia cultura europea es a donde vamos a encaminarnos a continuación.

3. *Vituperio y elogio de la etimología latina: la formación de un tópico europeo*

Pese a su gran riqueza cultural y a su relación con otros saberes antiguos, la historia de la etimología latina se ha ido ganando grandes detractores. Es muy ilustrativo de lo que decimos el siguiente comentario, extraído de la «Carta del Licenciado Don Baltasar Sebastián Navarro de Arroyta a Sebastián de Covarrubias Orozco, autor del *Tesoro de la lengua castellana o española*», donde, por lo que podemos ver, se nos habla de una cierta tradición de «mentirosos» y «engañados» en la historia de la etimología, de la que Varrón parece ser el principal culpable:

⁴⁴ Estos pasajes, donde Theuth aparece como inventor de la escritura, y poco tiene que ver, al menos en apariencia, con el dios que vemos en Cortázar, han suscitado el interés de autores como Jacques Derrida («La pharmacie de Platon», en *La dissémination*, París, 1972, págs. 69-197), Emilio Lledó (*El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica, 1992²; *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe, 1998²), o Luis Gil («Divagaciones en torno al mito de Theuth y de Thamus» en *Transmisión mítica*, Barcelona, Planeta, 1975, págs. 100-120 y *La palabra y su imagen. La valoración de la obra escrita en la Antigüedad*, Madrid, Universidad Complutense, 1995).

(...) Y como la mayor parte del conocimiento de las cosas depende del de los vocablos, el que ayuda a ésta, ayuda mucho a todas las ciencias; y así los grandes filósofos antiguos trabajaron mucho en esta parte, como fue Platón en su diálogo *Cratilo*, que hoy en día leemos, a cuya imitación los latinos trataron esta facultad, aunque con mayores ayudas que los griegos, por tener más conocidos los manantiales de su lenguaje, el cual casi todo es griego; aunque Marco Varrón, en los libros que escribió *De lingua latina*, a Cicerón quiso huir el cuerpo a esto, pretendiendo hacer creer que la lengua latina tenía vocablos propios, no tomados de otra; y esto pretendiendo autorizar su lenguaje, siendo cosa cierta que él lo sabía mejor que otro ninguno, pues era el más docto hombre de todos los mortales, que no tenía la lengua latina vocablo ninguno propio suyo. Y échasele de ver que quiso engañar, pues en algunas etimologías que quiso deducir de los vocablos que él fingió ser originariamente latinos, no pudo encubrir el engaño; como cuando dijo que *pater* se deducía del verbo *patrare*; que no ignoraba él ese origen. Y aunque en su tiempo no pudo engañar a los hombres que sabían tanto del lenguaje latino, engañó en los venideros a muchos; y así el bienaventurado San Isidoro, que en sus *Etimologías* mezcló muchos de los vocablos latinos, dio ocasión a la irrisión de los no tan píos, y a que su grande autoridad se enflaqueciese por ese camino (...) ⁴⁵.

No podemos decir que esta crítica sea muy justificada, pues Varrón se caracteriza precisamente por haber incorporado a su explicación etimológica los vocablos griegos, y esta acusación de hacer pasar palabras griegas por latinas es la que el mismo Varrón, según Gelio (I 18), achacaba a su maestro. No obstante, al margen de la crítica concreta, el texto del Licenciado Don Baltasar Sebastián Navarro de Arroyta es buen exponente de la mala fama que la etimología latina ha tenido ya desde la misma Antigüedad, y a la que contribuirá, siglos después, el desarrollo de la moderna lingüística, que la reducirá a una mera cantera de datos considerados por lo general como absurdos.

Ya en el siglo v podemos leer uno de los textos más interesantes acerca de la naturaleza de la etimología romana. Se trata de un pasaje tomado del tratado *Principia Dialecticae* de San Agustín, que, dentro de una dilatada tradición escéptica cuyos representantes más destacados son Platón, Sexto

⁴⁵ Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*. Edición de Felipe C. R. Maldonado revisada por Manuel Camarero, Madrid, Castalia, 1993, págs. 995-996.

Empírico y Quintiliano, nos habla en estos términos tan irónicos acerca de la disciplina:

De origine uerbi quaeritur, cum quaeritur unde ita dicatur: res mea sententia nimis curiosa, et non nimis necessaria. Neque hoc mihi placuit dicere, quod sic Ciceroni quoque idem uidetur; quamuis quis egeat auctoritate in re tam perspicua? Quod si omnino multum iuuaret explicare originem uerbi, ineptum esset aggredi, quod persequi profecto infinitum est. Quis enim reperire possit, quod quid dictum fuerit, unde ita dictum sit? Huc accedit, quod ut somniorum interpretatio, ita uerborum origo pro cuiusque ingenio praedicatur. Ecce enim uerba ipsa quispiam ex eo putat dicta, quod aurem quasi uerberent: Immo, inquit alius, quod aerem. Sed nostra non magna lis est. Nam uterque a uerberando huius uocabuli originem trahit. Sed e transuerso tertius, quam rixam inferat. Quod enim uerum, ait, nos loqui oporteat, odiosumque sit, natura ipsa iudicante, mendacium; uerbum a uero cognominatum est. Nec ingenium quartum defuit. Nam sunt qui uerbum a uero quidam dictum putent, sed prima syllaba satis animaduersa, secundam negligi non oportere. Verbum enim cum dicimus, inquit, prima eius syllaba uerum significat, secunda sonum. Hoc autem uolunt esse bombum. Unde Ennius sonum pedum, bombum pedum dixit: et βοῶσα Graeci clamare; et Virgilius, «Reboant siluae» (*Georg.* III 223) Ergo uerbum dictum est quasi a uero boando, hoc est uerum sonando. Quod si ita est, praescribit quidem hoc nomen, ne cum uerbum faciamus, mentiamur: sed uereor ne ipsi qui dicunt ista, mentiantur. Ergo, ad te iam pertinet iudicare, utrum uerbum a uerberando, an a uero solo, an a uero boando dictum putemus: an potius unde sit dictum non curemus; cum, quod significet, intelligamus. (*Aug., Principia Dialecticae VI P.L. 32, págs.1409-1420*)⁴⁶

⁴⁶ «Nos preguntamos acerca del origen de una palabra cuando nos planteamos de dónde proviene que se diga de tal manera: asunto muy curioso, en mi opinión, pero no muy necesario. No me gustó decir esto que a Cicerón parece merecerle la misma opinión; aunque, ¿quién necesita de una autoridad en un asunto tan 'evidente'? Pero si fuera de mucha utilidad explicar el origen de una palabra, no sería apropiado adentrarse en lo que ciertamente es imposible de alcanzar. ¿Quién hay que pueda justificar por qué se tiene que decir de tal manera lo que nombramos? Ocurre que, al igual que en la interpretación de los sueños, así se declara el origen de una palabra de acuerdo con el ingenio de cada cual. He aquí que hay quien interpreta que el mismo término *uerba* (palabras) se dice así porque es como si azotasen ('reverberasen') el oído; más bien, dice otro, porque es como si azotasen el aire. Pero esto no supone un gran problema, pues uno y otro remontan el origen de esta palabra del verbo 'azotar' (*uerberando*). Inesperadamente mira qué discordia viene a sembrar un tercero: *uerbum* es sinónimo de 'verdadero' porque, según dice, conviene que hablemos lo verdadero, y es odiosa la mentira, siendo la naturaleza el juez mismo. Pero no faltó un cuarto ingenio que dijo que, si bien hay quienes estiman que *uerbum* se dice de 'verdadero', quedando, pues, la primera sílaba su-

Sorprende, lo primero, esta singular comparación de la interpretación etimológica con la interpretación de los sueños. Marck Amsler ha observado en su excelente estudio sobre el discurso etimológico en la Antigüedad Tardía⁴⁷ que aquí la etimología, al ser comparada con la interpretación de los sueños, se entiende como una actividad hermenéutica que, al igual que ésta, debe resolver la ambigüedad de los signos mediante una interpretación alegórica. La etimología, así entendida, presenta infinidad de posibilidades, lo que la convierte por su imprecisión en inútil, y más todavía porque la materia que estudia, el lenguaje verbal humano, es engañosa. Como bien apunta Umberto Eco, San Agustín rechaza el lenguaje constituido de palabras porque está pensando en una lengua perfecta que no es verbal, y que no es otra que la lengua con la que Dios habló a Adán. Se trata de una lengua de imágenes, pansemiótica, poblada de alegoría, que tan importante será para la representación de la cultura en la Edad Media, en sus distintos lapidarios, bestiarios, o en los irrepetibles beatos⁴⁸. Llama la atención, por lo demás, la coincidencia de este texto de San Agustín con aquel pasaje de Borges que leíamos al comienzo. El hecho es que se vuelven a combinar otra vez las dos ideas siguientes: la etimología es muy interesante (*nimis curiosa*), pero innecesaria (*non nimis necessaria*) para poder entender cabalmente los conceptos, a la vez que la fina intención paródica del texto agustiniano y su escepticismo profundo, que reduce al absurdo las posibilidades etimológicas de *uerbum*, nos devuelve a las mejores páginas del *Crátilo* de Platón.

Contrariamente a la prevención que muestra por la etimología San Agustín, la vieja disciplina terminará triunfando como metalenguaje y llave

ficientemente constatada, no conviene olvidarse de la segunda. De esta forma, declaran que cuando decimos *uerbum* la primera sílaba significa 'verdadero', y la segunda 'sonido'; pretenden, pues, que éste (el sonido) sea un 'zumbido' (*bombum*). Por ello, Ennio llamó al sonido de los pies 'ruido de pasos', los griegos dicen 'gritar' con el término βοῶσα, y Virgilio dice 'resuenan los bosques'. Luego, se dice *uerbum* como si hiciéramos retumbar la verdad, es decir, como si hiciéramos sonar la verdad. Por tanto, si esto es correcto, el mismo nombre ordena que no mintamos al hablar, mas temo que mientan incluso estos mismos que afirman tales cosas. Por lo tanto, a ti corresponde juzgar si hemos de considerar que *uerbum* se dice de *uerberando* ('azotar'), o de *uero* ('verdad') tan sólo, o de *uero boando* ('hacer resonar la verdad'), o si, por el contrario, es preferible que no nos preocupemos por su origen, ya que sin necesidad de ello entendemos lo que significa.»

⁴⁷ Mark Amsler, *Etymology and grammatical discourse in late Antiquity and the early Middle Ages*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1989, págs. 44-55.

⁴⁸ Umberto Eco, *ob. cit.*, pág. 25.

para el conocimiento del mundo, llegando a su cima más alta con Isidoro de Sevilla, excelente ejemplo de recuperación y creación etimológica. Es muy importante apreciar cómo este autor recoge las fuentes y las revitaliza en un nuevo contexto, dentro de un fuerte sentido de la tradición. La etimología, concebida a la manera de una interpretación dinámica de la *uis uerbi* (*Etymologia est origo uocabulorum, cum uis uerbi uel nominis per interpretationem colligitur* [Orig. I 29])⁴⁹ se consagra como una manera de ver el mundo y, en relación con esto, es donde tenemos que buscar la articulación de sus distintas reflexiones etimológicas en *origenes* («de dónde viene un término»), *etymologiae* («por qué se ha creado») ⁵⁰ y *differentiae*⁵¹. Nada más oportuno que leer las propias palabras de uno de los mejores conocedores tanto de San Isidoro como de su época, el profesor Jacques Fontaine:

Quando Isidoro escribe la definición y etimología de un palabra, aunque sea de un «vaso», realiza un acto de creación viva; sabe que se sitúa en un estadio vivo y actual de una tradición que se remite a Suetonio y Varrón, y participa de esa cultura viva, que él aúna en la obra con el concepto racional de su fe. Hay que tener en cuenta que quien escribe esa etimología no es tan sólo (¡triste y característica designación!) «el último gramático de la Antigüedad» que veían en él muchos predecesores, sino que primero es obispo de Sevilla, hermano de Leandro, en una época entre dos concilios, es el hombre de Iglesia y de Estado, amigo de reyes, responsabilizado con la restauración de la Iglesia, de la lengua latina y con la realización de una síntesis cultural hispano-visigoda; y no puede olvidarse que la obra de Isidoro ha sido leída mejor gracias a la comprensión que de ella tuvieron las generaciones posteriores, que han buscado y practicado en ella la belleza de la lengua latina y la cultura romana, a través del saber anterior. En definitiva, podemos decir que la formación de las diferentes generaciones de lectores de las obras antiguas es, por utilizar palabras de Descartes en su *Discurso del Método: Une conversation avec les plus honnêtes gens des siècles passés*; es decir, una conversación entre el pasado y el futuro, pero dentro del presente. Mejor, pues, que hablar de *Quellenforschung* —palabra ya abstracta y casi técnica— es hablar de la *recherche des sources*, ya que en las fuentes

⁴⁹ Para la historia de la difícil interpretación de este texto cf. Angelo Valastro Canale, «Isidoro di Siviglia: la *uis uerbi* come riflesso dell'onnipotenza divina», *CFC(E.Lat.)* 10, 1996, págs. 147-176.

⁵⁰ Cf. Manuel Cecilio Díaz en su introducción a Isidoro, *Etimologías I*, Madrid, BAC, 1993², pág. 187.

⁵¹ Carmen Codoñer, «Differentia y Etymologia, dos modos de aproximación a la realidad», en *De Tertullien aux mozarabes II*, París, 1992, págs. 19-30.

antiguas —y siempre vivas—, pongamos por caso un Tertuliano, existe un concepto de tradición viva que fluye, que sigue fluyendo; hay que ir más allá, a esa búsqueda de unión, de conversación entre el pasado y el futuro. Ya abordé esta concepción, terminada ya la experiencia de mi tesis doctoral, en una reflexión sobre «Problèmes de méthode dans l'étude des sources isidorienes»⁵².

Este recurso de revitalización de las fuentes nos proporciona una de las claves esenciales para comprender precisamente el sentido de la etimología latina como tradición clásica. Se trata de una tradición que llega, casi como un milagro, hasta algunos autores literarios de nuestro siglo, como es el caso del escritor catalán Joan Perucho, que tantas páginas irrepetibles ha dedicado a recrear la magia del mundo tardoantiguo en sus narraciones. Perucho es cultivador, al igual que lo eran Cunqueiro, Borges o Calvino, de las ficciones fantásticas relacionadas con la Antigüedad, lo que le lleva a recrear a un Isidoro de Sevilla que se confunde con su texto. Así podemos leerlo en una de sus más conocidas fabulaciones, la que nos recrea el mundo casi onírico del ficticio caballero bizantino «Kosmas»:

El caballero Kosmas era un erudito de la literatura cristiana, y un sagaz rastreador de las desviaciones heréticas. Le bastaba leer la primera línea de un tratado o de una homilía para saber si era herética o no, de tal forma que los arrianos le temían como si fuera el mismo diablo. Se carteó muchísimo con San Leandro y con San Isidoro de Sevilla, del cual posteriormente fue secretario, proporcionando a este último mucha información recogida en sus múltiples viajes. Así, por ejemplo, le describió el *pilentum* y el *petorritum*, que eran vehículos cubiertos y de cuatro ruedas que usaban antiguamente las matronas romanas. El primero lo cita el poeta latino Virgilio, cuando dice (*Eneida* VIII 666):

Pilentis matres in mollibus.

Las matronas, sentadas en los blandos pilentos;

el segundo era citado por Horacio, que dice (*Sat.* I 6, 104):

Plures calones, atque caballi

Pascendi, ducenda petorrita.

Han de alimentar muchos esclavos y muchos caballos para conducir los coches.

Antiguamente los pilentos eran todos de color verde, y no eran como los de entonces encarnados, y sólo podían ser utilizados por las honradas ma-

⁵² Isabel Velázquez, «Jacques Fontaine. La mirada lúcida hacia el mundo antiguo», *Antig. crist. (Murcia)*, 11, 1994, págs. 423-424.

tronas (...). (Joan Perucho, «Las aventuras de Kosmas», en *Fabulaciones*, Madrid, Alianza, 1996, pág. 654)

Al igual que San Isidoro tomaba de diversos lugares sus citas para después incorporarlas en el contexto de su enciclopedia, ahora es su propio texto (Isid., *Orig.* XX 12. 4) el que, sin advertencia alguna, es objeto de la erudición literaria, insertado magistralmente en una ficción de ambiente bizantino. Con ello cobra vida y gana lectores que quizá, de no haber leído a Joan Perucho, jamás habrían conocido pasaje alguno de San Isidoro. Al igual que Plinio el Viejo lo hiciera en Italo Calvino o Borges, San Isidoro ha dejado también su estela en páginas literarias de la literatura de nuestro siglo gracias a sus ingeniosas etimologías, convertidas en fuente inagotable de datos y también de aproximaciones fabulosas a la realidad. Al margen de su aparición erudita en ficciones fabulosas, Isidoro de Sevilla sigue siendo, sin lugar a dudas, el etimólogo antiguo más popular, como podemos ver al rastrear la pervivencia de sus etimologías en nuestro acervo cultural moderno. De entre los muchos ejemplos posibles, hemos entresacado el de la etimología de *encinta*, entendida aún hoy en el *Diccionario de la Real Academia Española* como «desceñida» (*s.u. encinta*. Del lat. *incincta*, desceñida adj. *embarazada*). Esta consideración que entiende «encinta» como la que no está ceñida, típicamente isidoriana⁵³, fue puesta en tela de juicio por Ángel Pariente⁵⁴, quien vio que se trataba precisamente de lo contrario: *incincta* es estar tan ceñida, es decir, tan impedida por el embarazo, que la mujer no puede moverse. Llegados a este punto, cabe hacer una reflexión: independientemente de que la investigación lingüística haya dado al traste con buena parte de las etimologías antiguas, éstas han pasado ya a la condición de «etimologías tradicionales», es decir, etimologías de origen antiguo, acuñadas por algún lexicógrafo latino, que han ido pasando, sin contrastar, a través de la historia de la cultura, y aunque hayan sido descartadas por los lingüistas modernos continúan utilizándose en contextos cultos o eruditos. Esta circunstancia las convierte ya, independientemente de la verdad o falsedad que contengan, en un producto histórico de la reflexión sobre el lenguaje.

⁵³ Este es el texto de San Isidoro: *Incincta, id est sine cinctu; quia praecingi fortiter uterus non permittit* (Isid., *Orig.* X 151). En traducción de J. Oroz Reta y M. A. Marcos Casqueiro: «*Incincta* (encinta), esto es, sin 'cinto', porque su preñez no le permite ceñirse el cinturón fuertemente».

⁵⁴ Ángel Pariente, «Nota a Esp. ENCINTA: Lat. INCINCTA e INCIENS», *Durius* 1, 1973, págs. 223-240.

De esta forma, nos encontramos con dos aspectos contrapuestos que parecen definir la etimología latina: por un lado una arraigada y rica tradición cultural, por otro, una valoración negativa de esa misma tradición. Probablemente, la antítesis no sea más que aparente, pues esta valoración negativa forma ya parte de esa rica tradición que venimos estudiando. Ernst Robert Curtius⁵⁵ entendió que la etimología era una forma de pensamiento que, como tal, se conforma y desarrolla en la Antigüedad, cobra su máxima expresión en San Isidoro de Sevilla y continúa como tradición en la Edad Media, llegando hasta el Barroco:

La etimología pasó después al humanismo, al Renacimiento, al Barroco. Las figuras centrales del *Criticón* de Gracián llevan nombres significativos («Crito», «Andrenio»); en cuanto a Egenio, «éste era su nombre, ya definición» (ed. Romera-Navarro, Filadelfia, I, 1938, pág. 366). El último receptor fue, como en todas las cosas, Calderón de la Barca. No sólo era compatriota de San Isidoro, sino también asiduo lector suyo (...)

A este respecto, no debemos olvidar que la etimología tuvo un afán nacionalista en Roma, merced a que era una forma de arqueología que estudiaba los orígenes de la cultura latina. La Romanidad, de hecho, es un rasgo que puede apreciarse en todos los grandes cultivadores de la etimología latina, desde Varrón al mismo Pablo el Diácono, y que confiere a esta disciplina unas características propias. Varrón manifestaba la Romanidad en su espíritu de anticuario, como se aprecia en los conocimientos diversos que desgrana no sólo en el *De lingua Latina*, sino también en sus *Antiquitates*: religión, instituciones, topografía de Roma. Pero lo importante es que Roma irá convirtiéndose con el paso de los siglos en una referencia de la cultura europea. Así lo vemos en el interesante texto que abre el epítome que de Festo escribiera Pablo el Diácono, ya en pleno Renacimiento Carolingio, donde puede apreciarse como en pocos lugares ese sentimiento de una Europa en ciernes:

Cupiens aliquid uestris bibliothecis addere, quia ex proprio perparum aleo, necessario ex alieno mutuauit. Sextus denique Pompeius Romanis studiis affatim eruditus, tam sermonum auditorum, quam etiam quarundam causarum origines aperiens, opus suum ad uiginti usque prolixa uolumina extendit. Ex qua ego prolixitate superflua quaeque et minus necessaria praetergrediens et quaedam abstrusa penitus stilo proprio enucleans, nonnu-

⁵⁵ «La etimología como forma de pensamiento», en *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica, II, 1989, págs. 692-699.

lla ita, ut erant posita, relinquens, hoc uestrae celsitudini legendum compendium optuli. In cuius serie, si tamen lectum ire non dedignabimini, quaedam secundum artem, quaedam iuxta ethimologiam posita non inconuenienter inuenietis, et praecipue ciuitatis uestrae Romuleae, portarum, uiarum, montium, locorum tribuumque uocabula diserta repperietis; ritus praeterea gentilium et consuetudines, uarias dictiones quoque poetis et historiographis familiares, quas in suis opusculis frequentius posuere. Quod exiguitatis meae munusculum si sagax et subtilissimum uestrum ingenium non usque quaue reppulerit, tenuitatem meam uita comite ad potiora excitabit⁵⁶.

Este carácter europeo del pensamiento etimológico romano no pasó desapercibido a Ernst Robert Curtius cuando decidió defender el tronco común de la cultura occidental, en franca oposición a aquellos que, como Karl Mannheim, preferían la labor de entender la cultura alemana desde dentro, favoreciendo, en definitiva, las posturas unívocas y totalitarias⁵⁷. Nos gusta pensar en esta actitud de Curtius frente al nazismo, y que uno de sus argumentos dentro de su método más o menos discutible de rastrear la génesis de los tópicos fuera, precisamente, el pensamiento etimológico, que nos trasladada por un singular viaje que va desde Homero a Calderón.

⁵⁶ «En el deseo de añadir alguna cosa a vuestras bibliotecas, y ya que muy poco puedo hacer con lo propio, he tenido que tomar prestado de lo ajeno. Sexto Pompeyo, probado erudito en los estudios romanos, descubriendo los orígenes tanto de aspectos recónditos de la lengua así como de algunas causas, extendió su prolija obra hasta veinte volúmenes. De esta abundancia, tras dejar fuera algunas cosas superfluas y poco esenciales, así como desarrollando otras poco claras con mi propio punzón y dejando, finalmente, algunas tal como estaban, os presenté este compendio para que fuera leído por vuestra excelencia. En la disposición de esta obra, si os dignáis leerla, podréis encontrar no de manera invariable algunas cosas de acuerdo con la doctrina, otras colocadas junto a la etimología y, en especial, palabras disertadas acerca de vuestra ciudad Romúlea, de sus puertas, vías, montes, lugares y tribus; además encontraréis los ritos y costumbres de los gentiles, expresiones variadas y familiares tanto a poetas como historiadores, esas que con bastante frecuencia colocaron en sus opúsculos. Así pues, este pequeño don de mi brevedad, si vuestro ingenio sagaz y sutil no lo desprecia por completo, animará a mi sagacidad a cosas mayores, si la vida me acompaña.»

⁵⁷ Así nos lo recuerda Joaquín Rubio Tovar en «Cincuenta años de *Literatura europea y Edad Media Latina*, de E. R. Curtius (1948-1998)», *Revista de Occidente* 197, octubre de 1997, págs. 154-166.

4. *Clasicismo y babelismo: la etimología latina y el ensayo español del s. XX*

Si la consideración de la etimología como disciplina lingüística no goza del beneplácito que merece, la de la etimología antigua concebida en su tradición no es mucho mejor, pues la percepción negativa sigue siendo una constante que se ha agudizado con el cientifismo moderno⁵⁸. Por ello, no faltan en muchos estudios dedicados a la etimología antigua palabras de disculpa por tratar acerca de ella, o por enfocarla desde una perspectiva científica. Paradójicamente, los principios de asociación de la etimología latina antigua coinciden con los de la etimología que entendemos como popular, y que con la especial atención que Saussure prestó a la sincronía (frente a la corriente de la lingüística histórica) ha sido la modalidad etimológica que más interés ha despertado entre los lingüistas. En realidad, la etimología popular no hace otra cosa que continuar el antiguo procedimiento de la *ratio*, con mayor o menor fortuna. Así las cosas, es muy significativo que al margen de los círculos académicos dedicados al estudio de la lengua, la etimología antigua haya seguido siendo objeto de interés en el cultivo del pensamiento y las letras modernas. El interés moderno por la etimología que vamos a ver en la literatura se va a bifurcar en dos aspectos distintos, pero complementarios: como «recurso conceptual», por un lado, y como «juego de palabras», por otro. Ambos son, en realidad, las dos caras de una misma moneda, y en cada una subyace una visión diferente del lenguaje: necesidad de entendimiento, de inmanencia del significado, en el primer caso, y confusión, o babelismo, en el segundo. El primer aspecto, que hemos venido en denominar «clasicismo», encuentra su lugar más característico en los cultivadores del ensayo, donde la complicidad con el lector, la brevedad y la provisionalidad de lo escrito pueden ser tres características adecuadas para este género de erudición, al decir de José Carlos Mainer:

En el ensayista no esperamos hallar a un especialista, sino a lo que la jerga científica reconoce como «generalista», o, a todo tirar, un filósofo *in partibus infidelium*: un escritor cuya autoridad se sustenta en la habitualidad de su firma más que en rigor de su profesionalidad. Por eso, el ensayista apela previa-

⁵⁸ Véase la excelente monografía de Yakov Malkiel titulada *Etimología* (Madrid, Cátedra, 1996), donde se nos relata con abundantes ironías la historia de la disciplina entre los siglos XIX y XX.

mente a una cierta complicidad con su lector mucho más que a la demostración inapelable de una tesis. Nadie pretendería, de otra parte, que un ensayo agote un tema. No lo hace por su extensión, que nunca es muy larga, ni siquiera porque tenga voluntad de hacerlo: el ensayo apunta, esboza, enmarca y hasta propone una resolución, o formula una sentencia, pero siempre consciente y hasta gozoso de su provisionalidad y de su revocabilidad⁵⁹.

El ensayo, que ya despuntaba en Aulo Gelio, aunque sin ese descubrimiento moderno del «yo» que supuso la gran aportación de Michel de Montaigne al género, se nos aparece en todo su esplendor cuando nos adentramos en tres de las máximas figuras del pensamiento español contemporáneo: Unamuno, Ortega y Pérez de Ayala. Con gran acierto y buen hacer, Pelayo H. Fernández ha señalado oportunamente la íntima conexión que hay entre el ensayo y la etimología en estos tres autores para quienes el étimo sirve como punto de arranque y soporte lógico a la hora de expresar las ideas⁶⁰. Cada uno de ellos presenta, no obstante su interés común, una actitud diferente hacia la etimología: así, mientras Unamuno la considera como una fuente de poesía, Ortega concibe la etimología como un método de investigación, y Pérez de Ayala, por su parte, se comporta como un clasicista a quien le sale de vez en cuando la vena del conceptismo y el retruécano⁶¹. No en vano, Unamuno y Ortega son dos grandes renovadores y creadores del castellano como lengua filosófica (bien lo sabe Julián Marías), y Pérez de Ayala es uno de los máximos renovadores de la prosa literaria. Es en este preciso punto donde debemos preguntarnos acerca del papel que pudo representar la etimología en toda esta faceta creativa, de nuevo convertida en ejercicio metalingüístico y poético.

Unamuno, que fue helenista más bien circunstancialmente, tenía una apasionada vena filológica que se reflejaba sobre todo en su interés por la historia de la lengua española. Por doquier nos demuestra esta afición en los distintos juegos etimológicos que establece para fundamentar sus ideas. Tenemos un ejemplo significativo en el «Prólogo del autor (que puede saltar el

⁵⁹ José Carlos Mainer, «Apuntes junto al ensayo», en *Antología del Ensayo español I*, Barcelona, Crítica, 1996, pág. 13.

⁶⁰ Para este asunto resultan un excelente punto de partida las tres obras siguientes de Pelayo H. Fernández: *Ideario etimológico de Ramón Pérez de Ayala* (Madrid, José Porrúa Fernández, 1982), *Ideario etimológico de Miguel de Unamuno* (Chapel Hill, University of North Carolina, 1982), e *Ideario etimológico de José Ortega y Gasset* (Gijón, Flores, 1981).

⁶¹ Véase el ya citado *Ideario etimológico de José Ortega y Gasset...*, págs. 7-8.

lector de novelas)», al comienzo de su novela *La tía Tula*, y donde los razonamientos se estructuran en torno al vocablo latino *soror*, así como veíamos que en Cicerón se hacía lo mismo en torno al vocablo latino *cor*:

Antes de terminar este prólogo queremos hacer otra observación, que le podrá parecer a alguien quizá sutileza de lingüista y filólogo, y no lo es sino de psicología. Aunque ¿es la psicología algo más que lingüística y filología?

La observación es que así como tenemos la palabra *paternal* y *paternidad* que derivan de *pater*, padre, y *maternal* y *maternidad*, de *mater*, madre, y no es lo mismo, ni mucho menos, lo paternal y lo maternal, ni la paternidad y maternidad, es extraño que junto a *fraternal* y *fraternidad*, de *frater*, hermano, no tengamos *sororal* y *sororidad*, de *soror*, hermana. En latín hay *sororius -a -um*, lo de la hermana, y el verbo *sororiare*, crecer por igual y juntamente.

Se nos dirá que la *sororidad* equivaldría a la *fraternidad*, mas no lo creemos así. Como si en latín tuviese la hija un apelativo de raíz distinta que el de hijo, valdría la pena de distinguir entre las dos filialidades (...) ⁶².

Para Ortega y Gasset ⁶³, por su parte, la etimología se convierte en la recuperación del «nombre auténtico de las cosas», es decir, de su significado primigenio. Su interpretación de *aristocracia* es, en este sentido, reveladora de su actitud ante el origen de las palabras. Un destacado estudioso de Ortega, Thomas Mermall, ha hecho ver cómo el uso etimológico de la palabra «aristocracia» en la *Rebelión de las masas* con el estricto sentido etimológico de «los mejores» no ha sido capaz de traspasar los prejuicios de muchos lectores españoles cuando siguen entendiendo en ella la idea de nobleza de sangre:

⁶² Miguel de Unamuno, *La tía Tula*, Madrid, Salvat/Alianza (Biblioteca Básica Salvat), 1969, págs. 19-20.

⁶³ Más recientemente, Luis Miguel Pino se viene dedicando al estudio sistemático de toda la obra de Ortega, de lo que son una buena muestra sus trabajos «Interpretación semántica de algunos vocablos en la obra de José Ortega y Gasset» (M. Martínez Hernández y otros, *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad. Actas del Congreso Internacional de Semántica I*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, págs. 801-816), «Ortega y Gasset y las humanidades: una propuesta de formación del hombre» (*Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 16, 1998, págs. 295-314), y «Vocablos de origen griego en la obra de Ortega y Gasset» (J. A. López Férrez [ed.], *La lengua científica griega: orígenes, desarrollo e influencia en las lenguas modernas europeas II*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, págs. 169-277).

Otro factor que ha dificultado la comprensión del libro ha sido el hecho de que, en los últimos lustros, términos como *masas* o *minorías* conllevan connotaciones políticas y morales de alto voltaje y producen automáticamente la beatería de las masas y la demonización de las minorías, sin que se preste atención a las precisiones que Ortega hace al emplear estos términos.

Lo que me lleva a señalar el mayor obstáculo a la apreciación de *La rebelión de las masas*: su lenguaje. Muchos lectores, llevados por trasnochados prejuicios políticos, se niegan a aceptar las definiciones de conceptos clave que Ortega ha dejado clarísimos, tergiversando su sentido expreso. Un botón de muestra sería la palabra *aristocracia*, con lo que aquí se entiende, según su sentido etimológico, personas excelentes y calificadas. a pesar de que el autor excluye del término la nobleza hereditaria, la clase social o el privilegio económico, el legado de la Revolución Francesa se interpone al sentido ético que Ortega insiste en darle. Y así tantas otras expresiones suyas. («Un Ortega para españoles», *El País*, jueves 23 de octubre de 1997, pág.14)

De una reflexión etimológica hace depender Ortega conceptos tan fundamentales como el de «verdad», según vemos en su interpretación de *alétheia* en términos de «desvelamiento» (*a-létheia*), con la que luego vendría a coincidir Martin Heidegger⁶⁴. Su concepción de la etimología nos recuerda, ciertamente, a usos de la Antigüedad ya comentados, y no erraremos si la concebimos como una filosofía del lenguaje. Así lo vemos cuando nos habla de la palabra *educación*, entendida en su justo y primigenio sentido de «sacar adelante»:

(...) a esta acción de sacar una cosa de otra, de convertir una cosa menos buena en otra mejor, llamaban los latinos *eductio*, *educatio*. Por la educación obtenemos de un individuo imperfecto un hombre cuyo pecho resplandece en irradiaciones virtuosas. (Citado de H. Fernández, *Ideario etimológico de José Ortega...*, pág. 62)

Este ejercicio de cincelamiento verbal que nos lleva a la noción auténtica y primigenia queda, asimismo, patente, en su etimología de *elegir*:

El hombre tendrá que ser, desde el principio, un animal esencialmente *elector*. Los latinos llamaban al hecho de elegir, escoger, seleccionar, *eligere*; y al que lo hacía, lo llamaban *eligens* o *elegens*, o *elegans*. El *elegans*, o elegante no es más que el que elige y elige bien. Así pues, el hombre tiene

⁶⁴ Cf. Julián Marías, *Ortega. Circunstancia y vocación II*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, págs. 245-258.

de antemano una determinación elegante, tiene que ser elegante. Pero aún hay más. El latino advirtió —como es corriente en casi todas las lenguas— que después de un cierto tiempo la palabra *elegans* y el hecho del «elegante» —la *elegantia*— se habían desvaído algo, por ello era menester agudizar la cuestión y se empezó a decir *intellegans*, *intelligentia*: inteligente. Yo no sé si los lingüistas tendrán que oponer algo a esta última deducción etimológica. Pero sólo puede atribuirse a una mera casualidad el que la palabra *intellegans* no se haya usado igual que *intelligentia*, como se dice en latín. Así pues, el hombre es inteligente, en los casos en que lo es, porque necesita elegir. Y porque tiene que elegir, «tiene que» hacerse libre. De ahí procede esta famosa «libertad del hombre», esta terrible libertad del hombre, que es también su más alto privilegio. Sólo se hizo libre porque se vio obligado a elegir, y esto se produjo porque tenía una fantasía tan rica, porque encontró en sí tantas locas visiones imaginarias. (Citado de H. Fernández, *Ideario etimológico de José Ortega...*, págs. 64-65)

Estas dos etimologías de raíz latina ilustran bien acerca del interés de Ortega por el clasicismo concebido tanto en su vertiente lingüística como cultural, y unido estrechamente al conocimiento de las palabras: conceptos tan puntales como el de la educación y la libertad precisan de su etimología para ser comprendidos cabalmente.

El peso de la cultura clásica está igualmente presente en las etimologías de Ramón Pérez de Ayala, cultivador de una literatura culturalista que debe mucho a su buen conocimiento de los clásicos, hasta el punto de que el uso de las etimologías está encaminado a defender un «clasicismo» frente al «babelismo» imperante. Esta vez, vamos a entresacar varias etimologías no exactamente de su obra ensayística, aunque sí de una novela que tiene mucho de ensayo, la titulada *Belarmino y Apolonio*⁶⁵, novela de propósitos docentes donde se cuenta la historia de dos zapateros: Belarmino, filósofo, y Apolonio, autor dramático. Esta novela nos sirve como excelente ejemplo para entender en toda su dimensión la concepción de la etimología en Pérez de Ayala, pues nuestro autor, al igual que veíamos en algunos textos antiguos, es capaz de moverse entre la etimología y el juego de palabras con igual libertad y soltura. Así pues, tenemos etimologías justificadas, como las de *mundo* y *superstición*:

La ciudad de las abejas es la república ideal. Ya te he dicho que el mundo es hermoso, es pulcro, porque es lógico; eso quiere decir la voz mundo,

⁶⁵ Utilizaremos la edición de Andrés Amorós (Madrid, Cátedra, 1989).

mundus, si no me equivoco. Todo el universo está sujeto a maravillosa ordenación. (*Belarmino y Apolonio*, pág. 97)

Cuando el hombre, por fin, se limpia de niebla metafísica y se libra de superstición (que esta palabra viene de *superesse* y *superstare*, sobre ser, sobre estar, sobrevivir, o seguir viviendo, y expresa el desdén irónico que sentían los antiguos hacia los cristianos, que creían en la inmortalidad) (...) (*Belarmino y Apolonio*, pág. 98)

A su vez, podemos encontrar otras que están mucho más cerca del mero juego verbal, como es el caso de la que hace derivar *hombre* de *humo*, y que tanto nos recuerda a Isidoro de Sevilla:

El hombre es humo, y en faltándole el humo, ya no es nada. (*Belarmino y Apolonio*, pág. 296)

Dados tales planteamientos, no es extraño que en esta suerte de gradación que va desde la etimología historicista al mero juego verbal pasemos ya a las etimologías deliberadamente fantásticas, como vemos en el ejemplo que sigue:

(...) un monstruo de esos que llaman gárgolas, porque vomitan la lluvia con un ruido peculiar, de donde viene la frase «hacer gárgaras»; (*Belarmino y Apolonio*, pág. 185)

Y, como era esperable, no podía faltar la evocación de las «greguerías» de Ramón Gómez de la Serna:

El hervor que se movió en el recinto torácico del señor Colignon ya no fue glogló de pavo singular, sino greguería de piara navideña. (*Belarmino y Apolonio*, pág. 112)

Toda esta muestra de erudición e ironías, que tanto debe a Clarín, encuentra su digno continuador en un escritor asturiano de nuestros días, Francisco G. Orejas, que vuelve a tomar a Isidoro de Sevilla como parte de la ficción de su cuento titulado «Desdichas del Bibliófilo»⁶⁶. En dicho

⁶⁶ Este cuento forma parte de su delicioso libro titulado *El asesinato de Clarín y otras ficciones*, Madrid, Penthálón, 1981, pág. 139. Podríamos enclavarlo en esa suerte de microgénero de la «literatura de bibliófilo», microgénero que, ligado a la literatura fantástica, fundara Charles Nodier en el siglo XIX y que tantas y tan buenas manifestaciones ha tenido desde entonces.

cuento se nos refiere que el protagonista, Crispulo de la Hermosilla, había privado a San Isidoro de su santidad a la hora de colocarlo en su poblada biblioteca, al tiempo que, en un alarde de erasmismo, había conferido tal santidad a Sócrates. Pero todavía es más curioso que en otro cuento titulado «Magia, nigromancia, hechicería, astrología y supersticiones» lleguemos a enterarnos de que Crispulo de la Hermosilla terminara siendo acusado de hechicería precisamente por este hecho, a lo que además se une la circunstancia de que se hubiera inspirado en el noveno capítulo del libro octavo de las *Etimologías*, titulado «De magis», que está precisamente dedicado a condenar las artes mágicas. He aquí el texto, que nos hemos permitido anotar con las referencias isidorianas pertinentes:

La acusación de hechicería se fundamentaría, singularmente, en el acto de despojar de su santidad a Isidoro de Sevilla, adjudicándosela a Platón y, por extensión erasmista, a Sócrates. Si Crispulo o Claudio de la Hermosilla discrepara del *Etymologiarum* era porque en el libro octavo, capítulo noveno de esta obra, la pluma isidoriana arremete contra las artes mágicas: contra Zoroastro, primer mago del que se tiene noticia, y contra Demócrito, perfeccionador del arte al decir de San Isidoro.

Abadés conserva el tratado *De justa haereticorum punitione*, de fray Alfonso de Castro, que perteneció a Hermosilla. Paradigmáticamente, menudean las anotaciones caligráficas de don Crispulo en los capítulos XIII, XIV, XV y XVI del libro primero del tratado, que se refieren a magos y nigromantes, declarándolos sujetos de las mismas penas que los herejes. El vecindario de Brihuega recuerda, además, la práctica de la *hydromancia* por parte de Hermosilla, es decir, la adivinación por medio de alfileres lanzados a pestilentes aguas. También cabe en lo posible que practicase el mal de ojo e invocase a los muertos, sabe Dios con qué oscuros propósitos. Irrefutable es, sin embargo, una última prueba: el manuscrito *De magia, nigromancia, hechicería, astrología y supersticiones*, autógrafo de Claudio o Crispulo de la Hermosilla Pérez. Abadés ha ordenado alfabéticamente su parte descriptiva, que a continuación reproducimos, no sin antes advertir que parece desarrollo, o plagio, del ya citado libro octavo, capítulo noveno, de las *Etimologías* isidorianas. Al decir del Abadés, las semejanzas son escasas e incluso disparatadas, pero no todos los estudiosos de Hermosilla coinciden en esta apreciación. El autógrafo se abre con la siguiente cita de Prudencio: *Necnon thesalicae doctissimus ille magiae*.

ADIVINOS (*diuini*): Llamados así por estar poseídos de la divinidad, la cual les otorga la facultad de conocer el porvenir, privilegio que han de compartir con los mortales, a los que darán a conocer sus adivinaciones. Los adivinos tan sólo ignoran la fecha en la que les corresponderá irse de

este mundo, para que no sufran la tentación de abandonarlo voluntariamente algunos meses antes⁶⁷.

ARIOLOS: Los que pronuncian preces ante las aras de los ídolos, o hacen sacrificios, o entonan arias. Dícese de ellos que mantienen frecuentes contactos con el demonio, lo cual no es seguro⁶⁸.

ARÚSPICES: Así llamados, *quasi horarum inspectores*, porque señalan los días y horas en que ha de hacerse cada cosa⁶⁹.

ASTRÓLOGOS: Los que presagian los astros⁷⁰.

AUGURES: Los que entienden el canto y el vuelo de las aves y leen de corrido en los posos de café⁷¹ (...) (Págs.171-173)

El cuento, como puede verse, tiene una clara intención paródica e irónica con respecto a estos viejos saberes que provoca, en algunos casos, una situación de comicidad. Ahí tenemos el disparatado juego de palabras entre *Ariolo*, que «entona arias», superando al mismo Isidoro, o los *Augures*, que, anacrónicamente, son capaces de «leer de corrido en los posos del café».

⁶⁷ *Diuini dicti, quasi deo pleni: diuinitate enim se plenos adsimulant et astutia quadam fraudulenta hominibus futura coniectant. Duo sunt [autem] genera diuinationis: ars et furor* (Isid., *Orig.* VIII 9.14). En traducción de Oroz Reta y Marcos Casquero (San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, tomo I, Madrid, BAC, 1993, segunda edición, pág. 715): «El nombre de adivino viene a significar 'lleno de Dios': fingen estar henchidos de Dios y con artificios engañosos predicen el futuro a los hombres. Dos son los tipos de adivinación: el arte y el delirio».

⁶⁸ *Arioli uocati, propter quod circa aras idolorum nefarias preces emittunt, et funesta sacrificia offerunt, iisque celebritatibus daemonum responsa accipiunt* (Isid., *Orig.* VII 9.16). «Los *ariolos* reciben este nombre porque formulan abominables plegarias ante las aras de los ídolos y les ofrecen funestos sacrificios, después de cuya realización reciben las respuestas de los demonios».

⁶⁹ *Haruspices nuncupati, quasi horarum inspectores: dies enim et horas in agendis negotiis operibusque custodiunt, et quid per singula tempora obseruare debeat homo, intendunt. Hi etiam extra pecudum inspiciunt, et ex eis futura praedicunt* (Isid., *Orig.* VIII 9.17) «El nombre de *aruspice* significa algo así como 'observadores de las horas'; y es que ellos tienen muy en cuenta los días y las horas en la ejecución de los asuntos y trabajos, y establecen qué es lo que el hombre debe cumplir en cada momento. Examinan también las entrañas de los animales y por ellas predicen el futuro».

⁷⁰ *Astrologi dicti, eo quod in astris auguriantur* (Isid., *Orig.* VIII 9.22) «a los *astrólogos* se los llamó así porque hacen sus augurios fijándose en los astros».

⁷¹ *Augures sunt, qui uolatus auium et uoces intendunt, aliaque signa rerum uel obseruationes improuisas hominibus occurrentes. Idem et auspices. Nam auspicia sunt quae iter facientes obseruant* (Isid., *Orig.* VIII 9.18) «Los *augures* son los que observan el vuelo y el canto de las aves, así como otras señales de las cosas o sucesos imprevistos que acontecen al hombre. Se los denomina también *auspices*, pues los *auspicios* es lo que observan quienes emprenden un viaje».

Dice Carlos Álvarez «Cándido» que «cabría escribir un largo ensayo acerca de la 'erudición irónica', que es la rica mina de la que Francisco G. Orejas extrae la literatura de este libro. Es la tradición —'alma mater'— de Clarín y Ayala. Clarín explayó ironías inolvidables a cuenta del krausismo, creando esos mundos en los que lo innecesario para la vida modifica la vida de los personajes, que se precipitan en el dolor y en el fracaso a costa de su ingenua vanidad»⁷².

Así pues, comprobamos, no sin asombro, que la etimología continúa estando unida a la erudición, como ocurría en la Antigüedad, y que ocupa, además, un papel clave como herramienta de las ideas. Pero la Antigüedad no es sólo lo que hemos venido en llamar «clasicismo», sino que a ello hay que sumar el «babelismo» de los terribles juegos de palabras que van a conformar toda una manera de creación literaria y verbal.

5. Conclusión. *Borges y la pesadilla*

Hemos revisado algunas de las características que la etimología presenta como una singular forma de pensamiento que, como tal, constituye una tradición que del mundo antiguo llega hasta nuestros días. Sucintamente, hemos visto cómo en la Antigüedad la etimología se relacionaba con otros aspectos de la historia de la cultura. Asimismo, hemos revisado tres de las maneras básicas en que la etimología se presentaba en la Antigüedad: como enciclopedia, diccionario, y miscelánea erudita. A su vez, también hemos estudiado la conformación del pensamiento etimológico concebido como una forma de tradición clásica para, finalmente, terminar con una mirada a la modernidad: la etimología latina en el ensayo español de comienzos del siglo xx.

Ya que comenzamos con un texto de Borges, no podemos menos que terminarlo asimismo con él, una vez más volviendo a la idea de la utilidad de la etimología. A este respecto, siempre nos ha sorprendido que el recuerdo adolescente⁷³ de una etimología latina llegara a salvar al genial autor de

⁷² Prólogo de «Cándido» al libro de F. G. Orejas, *ob. cit.*, pág. 9.

⁷³ Así lo evoca Carlos García Gual: «Ese latín entresojado en la nostalgia y semiolvidado con el paso de los años —más de cincuenta y muchos han pasado desde que lo estudiara en Ginebra en su bachillerato— se concreta algunas veces en un hexámetro de Virgilio. En *Los conjurados* (1985) hay un breve relato de una pesadilla («Las hojas del ciprés») en que el so-

El Aleph de morir en su propio sueño (de nuevo, como en San Agustín, la etimología y lo onírico se ponen en imprevista relación), sobre todo cuando, paradójicamente, hemos visto cómo en otro lugar («Sobre los clásicos») declaraba la inutilidad de esta disciplina. El texto en cuestión pertenece a uno de sus últimos libros, y el recuerdo de una etimología latina devuelve de nuevo a Borges a sus años escolares en Ginebra, cuando aprendió la lengua de su adorado Virgilio:

Me condujo al pie de uno de ellos y me ordenó que me tendiera en el pasto, de espaldas, con los brazos en cruz. Desde esa posición divisé una loba romana y supe dónde estábamos. El árbol de mi muerte era un ciprés. Sin proponérmelo, repetí la línea famosa: *Quantum lenta solent inter uiburna cupressi*⁷⁴.

Recordé que *lenta*, en ese contexto, quiere decir flexible, pero nada tenían de flexibles las hojas de mi árbol. Eran iguales, rígidas y lustrosas y de materia muerta. En cada una había un monograma. Sentí asco y alivio. Supe que un gran esfuerzo podía salvarme. Salvarme y acaso perderlo, ya que, habitado por el odio, no se había fijado en el reloj ni en las monstruosas ramas. Solté mi talismán y apreté el pasto con las dos manos. Vi por primera y última vez el fulgor del acero. Me desperté; mi mano izquierda tocaba la pared de mi cuarto.

ñador —Borges— se salva al recordar un verso virgiliano: *Quantum lenta solent inter uiburna cupressi*.

El pertinaz amante de las etimologías aprovecha para anotar que *lenta* significa ahí 'flexibles'. *Lento* es, como cualquiera sabe, un adjetivo predilecto del Borges poeta, acaso virgiliano.» (Carlos García Gual, «Borges y los clásicos de Grecia y Roma», *Cuadernos hispanoamericanos* 505-507, 1992, pág. 341).

⁷⁴ Verg., *Ecl.* I 25. En traducción de Vicente Cristóbal (Virgilio, *Bucólicas*, Madrid, Cátedra, 1996, pág. 77): «cuanto se eleva el ciprés superando a flexibles viburnos». Sobre *viburnos*, añade, además, en nota: «Aunque suele traducirse *uiburna* por 'mimbreras', Ruiz de Elvira me hace ver que se trata del viburno o lantana, un arbusto de la familia de las caprifoliáceas; la mimbrera, en cambio, es de la familia de las salicáceas.»